

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN MARTÍN DE PORRES
EL MÉDICO DE DIOS**

LIMA – PERÚ

SAN MARTÍN DE PORRES - EL MÉDICO DE DIOS

Nihil Obstat
P. Ignacio Reinales
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

ÁNGEL PEÑA O.A.R.
LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Ambiente social.

Padres de fray Martín.

Infancia. Vida Conventual.

El diablo. Algunas virtudes

1.- Humildad. 2.- Penitencia.

3.- Caridad.

a) Con los hombres.

b) Con los animales.

4.- Amistad. 5.- Alegría.

Amor a Jesús Eucaristía.

Amor a la Virgen María.

Los ángeles. Dones místicos.

a) Éxtasis y levitación.

b) Bilocación. c) Agilidad.

d) Sutileza. e) Luces o resplandores sobrenaturales.

f) Invisibilidad. g) Perfume sobrenatural.

h) Profecía. i) Discernimiento de espíritus.

j) Don de curaciones.

Milagros en la naturaleza.

Última enfermedad y muerte.

Más milagros. El traslado.

Reflexiones. Oración y poesía.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos proclamar ante el mundo las maravillas que Dios ha hecho en la vida de san Martín de Porres, el santo peruano universal, patrón de la justicia social. Este santo mulato, era hermano donado, ni siquiera lego, en la Comunidad de su convento dominico de Lima, pero llegó al más alto grado de santidad.

Sus carismas eran la admiración de cuantos lo conocían. Tenía el don de sutileza, pasando a través de las paredes y puertas cerradas; el don de bilocación para estar, a la vez, en lugares lejanos; el don de la agilidad para trasladarse en un instante a sitios distantes; el don de luces y resplandores sobrenaturales; el del perfume sobrenatural, discernimiento de espíritus, conocimiento de cosas ocultas y, muy en especial, el don curación.

Era muy humilde y servicial con todos. Y a todos atendía como enfermero de la Comunidad, preocupándose especialmente de los pobres (españoles, indios o negros), a quienes sanaba y daba limosnas. Pero también era caritativo, curando a los animales enfermos, que traía de la calle al convento. Los animales le obedecían y él consiguió que, en distintas ocasiones, pudieran comer juntos, sin pelear, perros, gatos y ratones.

Podríamos decir que fray Martín era el médico de Dios para todos. Y todos lo querían, desde las más altas autoridades hasta los más pobres de los pobres. Por eso, nosotros debemos sentirnos orgullosos de este hermano nuestro que nos espera en el cielo y a quien podemos acudir en todas nuestras necesidades del cuerpo y del alma, sabiendo que nos atenderá con humildad, caridad y alegría, como lo hacía siempre.

Nota.- La mayoría de los textos de los testigos están tomados del Proceso de beatificación de fray Martín de Porres, editado por el Secretariado Martín de Porres de Palencia en España, y contiene los Procesos de los años 1660, 1664 y 1671. Lo citaremos como Proceso.

También citamos los volúmenes del Archivo secreto del Vaticano, que están en el fondo de la Sagrada Congregación de Ritos y que corresponden a los números entre 1280 y 1293. Lo citaremos como Archivo vaticano.

Nos hemos permitido cambiar algunas palabras del texto original para hacer más inteligible la lectura, sin cambiar el sentido.

AMBIENTE SOCIAL

La ciudad de Lima, llamada ciudad de los Reyes, era la capital del virreinato del Perú y fue fundada por Francisco Pizarro el 18 de enero de 1535, a dos leguas del mar, donde está el puerto del Callao. La plaza Mayor se llamaba también plaza de armas; porque, en tiempo de guerra o de peligro, se reunían allí los encomenderos armados, al grito de ¡A las armas, a las armas! Esta plaza era y todavía lo es, el corazón de la ciudad.

El mismo año de la fundación se creó la parroquia del Sagrario, adjunta a la catedral. Después se erigió la parroquia de san Sebastián (1554); santa Ana (1570); Santiago del Cercado (1571); la de san Marcelo (1573); la de Nuestra Señora de Atocha (1614) y la de san Lázaro hacia 1626. Todas ellas existían en tiempo de nuestro santo.

Había en la ciudad una casa de jesuitas, y conventos de mercedarios, dominicos, agustinos y franciscanos. En aquel tiempo la Iglesia dominaba totalmente el ambiente cultural. Fundó la universidad de san Marcos en 1551 y los Colegios mayores de san Felipe y san Marcos (1575), san Martín (1582), Colegio Seminario (1594), Colegio máximo de san Pablo de los jesuitas en 1570 y el Colegio mayor de san Ildefonso (1612). El de los agustinos y el de los franciscanos se fundaron en 1614. En 1626, los mercedarios fundaron el Colegio mayor de san Pedro Nolasco; y los dominicos el Colegio máximo de santo Tomás en 1645.

En cuanto a conventos de religiosas, estaban los de la Encarnación de agustinas, fundado en 1561; el de clarisas de la Concepción hacia 1573; el de bernardas en 1584; de las Carmelitas descalzas de san José en 1602. El de santa Clara en 1604 y de dominicas de santa Catalina hacia 1624.

Por otra parte, la Iglesia fundó los primeros hospitales: el de san Andrés para españoles en 1559; el de santa Ana para indios en 1550; el de san Cosme y san Damián para españolas en 1559; el del Espíritu Santo para navegantes en 1573; el de san Lázaro para llagados y leprosos en 1563; el de san Diego para convalecientes españoles en 1594; el de san Pedro para clérigos pobres en 1594 y el de Nuestra Señora de Atocha para niños expósitos hacia 1600. Como vemos, los negros, la mayoría esclavos, no tenían hospital propio y, precisamente por esto, la obra de san Martín con ellos fue extraordinaria.

Lima, como ciudad, según el censo que mandó hacer el virrey marqués de Montesclaros en 1613 tenía una población de 25.454 habitantes. De ellos, 9.616

eran españoles o criollos (españoles nacidos en Perú); 1.978 indígenas; 10.386 negros y 744 mulatos. El resto eran orientales o mestizos de distintas razas¹.

En cuanto al número de religiosos, dice el cronista fray Buenaventura Salinas y Córdova, que eran unos 894 religiosos, 300 clérigos y 824 religiosas².

En aquellos tiempos de fines de siglo XVI y principios del XVII, en que vivió san Martín, Lima era una ciudad próspera. Había muchos mercaderes, cerca de doscientos, dedicados a vender ropa de Castilla, de México y de la China. Los dueños de pulperías eran más de doscientos y así otros mercaderes de vino y de otros alimentos. También eran numerosos los trabajadores de las distintas profesiones. El cronista mercedario fray Martín de Murúa dice: *Cosas de regalos, de dulces y conservas las hay en gran multitud por las calles y las tiendas de la misma manera que en Sevilla*³.

En cuanto a los habitantes, había una marcada diferencia de razas. En el primer rango y con todos los derechos, estaban los españoles o criollos. Después venían los que eran libres de distintas razas (indígenas, mulatos, etc.) y, por último los esclavos, casi exclusivamente negros.

La ciudad creció espectacularmente debido a su prosperidad comercial y a la actividad minera. Hacia 1630, según fray Buenaventura Salinas y Córdova en su *Memorial de las historias del Nuevo Mundo*, ya había 40.000 habitantes en Lima, de los cuales unos 20.000 negros, la mayoría todavía esclavos.

Evidentemente, la situación de los esclavos era muy dura. Algunos amos les otorgaban la libertad, cuando ya estaban viejos o enfermos, para evitar los gastos de su curación. Pero no faltaron buenos amos que les quisieron recompensar, dándoles la libertad. Normalmente, los esclavos solían vivir en la parte posterior de las casas de sus amos, en unos galpones, cuyas puertas se aseguraban por la noche con candados. Muchos esclavos trabajaban en los campos, pero otros estaban en las ciudades. Las negras solían hacer las tareas de la casa, pero también vendían por la calle buñuelos, chicha, requesones, leche, etc.

A los esclavos no se les permitía llevar armas, a no ser que fueran escolta de sus amos. Si trabajaban de leñadores, hierberos o arrieros, podían llevar un cuchillo. Pero, de otro modo, si llevaban armas, eran severamente castigados. La

¹ Salinas y Córdova fray Buenaventura, *Memorial de las historias del Nuevo Mundo*, Lima, universidad mayor de san Marcos, 1957, discurso II, cap. VIII, pp. 252-255.

² *Ibídem*.

³ Murúa fray Martín de, *Historia general del Perú*, Madrid, 1964, libro III, cap. XIII, p. 197.

principal razón era que, al ser tan numerosos, mucho más que los españoles, estos temían que algún día pudieran levantarse en armas. Si no lo hicieron fue, porque al ser de diferentes naciones y lenguas, no se entendían entre sí y eran frecuentemente enemigos.

Los mulatos eran en 1613, en Lima, 744. Según estudios, solían tener inclinaciones a ser zapateros, sastres, herreros, pulperos, barberos y otros oficios que no les gustaban a los criollos. Mientras que las mulatas, preferían ser vendedoras por las calles de la capital de fruta, chicha y otras cosas⁴.

Muchos mulatos eran libres, a no ser que hubieran nacido de madre esclava. Los mulatos libres eran vasallos del rey de España, pagaban tributo a la Corona y, al igual que los mestizos (de españoles e indias), tenían aceptación entre los españoles, aunque se les consideraba de rango inferior. Incluso en las leyes eclesiásticas, a los negros, indios, mulatos y mestizos no se les consideraba maduros para llegar al sacerdocio. Por eso, fray Martín sólo pudo ser religioso, pero “no de misa”.

Por otra parte, el ambiente en general era bastante religioso. En muchos hogares cristianos se rezaba el rosario diariamente. El cronista jesuita Bernabé Cobo dice en su libro *La fundación de Lima* que se notaba la *piEDAD en la reverencia y respeto con que se tratan las cosas sagradas; la riqueza, ornato y majestad con que se sirve el culto divino; la reverencia a los sacerdotes, el gusto y aprecio con que se oye la divina palabra y la afición a todo género de virtud en que siempre se hallan personas muy aprovechadas, no sólo del estado eclesiástico sino también muchos seglares, que pueden ser maestros de vida espiritual y perfecta*⁵.

Y, a pesar de la esclavitud, que era aceptada normalmente en todo el mundo, y de otros excesos que existieron, en el Perú vivieron varios santos en tiempos de fray Martín: santa Rosa de Lima, san Juan Macías, santo Toribio de Mogrovejo, san Francisco Solano, la beata sor Ana de los Ángeles Monteagudo y santa Mariana de Jesús Paredes de Quito, que perteneció al virreinato del Perú; más ocho siervos de Dios y veinte venerables. Realmente, un récord extraordinario. Y, a pesar de que en Lima, como en todas partes, había santos y pecadores, prácticamente no se conoció el pecado del suicidio, del aborto o de la blasfemia.

⁴ Salinas y Córdova, o.c., pp. 246-256.

⁵ Cobo Bernabé, *La fundación de Lima*. En Obras del padre Bernabé Cobo, Madrid, 1956, lib. II, cap. I, p. 359.

PADRES DE FRAY MARTÍN

Su madre era una negra libre nacida en Panamá, llamada Ana Velásquez. Era lo que se denominaba negra ladina, porque hablaba y entendía el español. También era negra criolla por haber nacido en las Indias. Probablemente, tomó el apellido del amo que la liberó.

Su padre se llamaba Juan de Porras. La señora Ana Contero declara en el Proceso que *fue un caballero de mucha nobleza y virtud y muy querido y estimado de todas las personas que lo trataban*⁶.

Había nacido en Burgos, España, y pertenecía a la Orden de Alcántara, una Orden ecuestre y militar que le daba derecho a vestir jubón, pantaloncillo y calzas negras con botas, capa y gorrilla del mismo color, además de una cruz verde bordada en el pecho y otra en el lado izquierdo de la capa.

Es importante anotar que el verdadero apellido de su padre es Porras y no Porres. Todos los testigos del Proceso de 1660 llaman a fray Martín con el apellido de Porras.

De las firmas de fray Martín que se conocen, una aparece en el libro de profesiones del convento de Santo Domingo, el 2 de junio de 1603, y la otra en un documento del Archivo nacional del Perú, correspondiente a los años 1635-1636. En ambos casos, el santo firma: *Hermano fray Martín de Porras*⁷.

Sólo a partir de 1686 aparecen ya algunos llamándolo Porres. Su misma sobrina Catalina de Porras, lo llama en el Proceso Martín de Porras. Este parece ser su verdadero apellido, aunque el apellido Porres parece ser que era originario del mismo tronco familiar español.

Sabemos que Martín tenía una hermana, llamada Juana de Porras. Ella se casó en Guayaquil (Ecuador) en primeras nupcias. De este matrimonio tuvo a su hija Catalina de Porras, sobrina del santo. Después se casó en segundas nupcias en Lima con Agustín Galán. Catalina se casó en Lima con Melchor González hacia 1636 y, después, en segundas nupcias con Melchor Beltrán, boticario, quien vivía todavía en 1660, cuando Catalina declaró en el Proceso sobre su tío fray Martín.

⁶ Proceso, p. 254.

⁷ Ver libro de profesiones y la revista del Archivo nacional del Perú, tomo XXV, julio-diciembre de 1961, p. 292.

INFANCIA

Martín nació en Lima. No se sabe exactamente el día. Algunos dicen que podría ser el 11 de noviembre, fiesta de san Martín de Tours, pero pudiera ser el 9 de diciembre, día de su bautismo, o unos días antes, del año 1579. *Su casa estaba frente a la iglesia del hospital del Espíritu Santo*⁸. Lo bautizaron en la iglesia de san Sebastián de Lima. La partida dice literalmente: *Miércoles 9 de diciembre de mil quinientos setenta y nueve, bautizaron a Martín, hijo de padre no conocido, y de Ana Velásquez, horra. Fueron padrinos Juan de Briviesca y Ana de Escarcena y fírmelo. Antonio Polanco.*

Aquí se dice de madre horra, que quiere decir libre. Y de padre no conocido; pues, al vivir en concubinato, Don Juan de Porras podía ser menospreciado y verse obstaculizado en sus aspiraciones personales. Cuando Martín tenía unos ocho años y su hermana Juana seis, su padre consiguió trabajo en Guayaquil (Ecuador) y, dejando a Ana Velásquez en Lima, se llevó a sus dos hijos con él.

Su primo segundo, Andrés Marcos de Miranda, dice en el Proceso: *Estando este testigo en la ciudad de Guayaquil, llegó a ella el dicho Don Juan de Porras y llevaba en su compañía al dicho fray Martín y a otra hermana suya nombrada Juana de Porras. Y habiéndolo visto el capitán Diego Marcos de Miranda, padre de este testigo y tío del dicho don Juan de Porras, le preguntó que para qué venía cargado con aquellos dos mulatos. Le dijo que eran hijos suyos, que los había tenido en Ana Velásquez y que así los había de sustentar y alimentar, como lo hizo hasta que se vino a esta ciudad de Lima, trayendo consigo al dicho fray Martín y dejando en poder del padre de este testigo a la dicha Juana de Porras, quien se casó en la dicha ciudad de Guayaquil*⁹.

En Guayaquil estuvieron cuatro años. Y, cuando don Juan fue nombrado gobernador de Panamá, tuvo que venir a Lima a recibir el cargo de manos del conde de Villar. Entonces, dejando a su hija Juana en Guayaquil, decidió traerse a Lima con su madre a Martín. Fray Francisco Velasco Carabantes declara: *Era el dicho Don Juan de calificada nobleza y fue presidente y gobernador de la Real Audiencia de la ciudad de Panamá*¹⁰.

Martín tenía ya 12 años y quedó al cargo de su madre que *lo crió con mucho cuidado y santo temor de Dios, pues era buena cristiana y guardó la fe*

⁸ Archivo Vaticano, vol. 1291, fol 468-468v.

⁹ Proceso, p .235.

¹⁰ Archivo Vaticano, vol 1289, fol 89.

*católica hasta que murió*¹¹. Su madre estaba empleada en casa de la familia de Isabel García Michel y allí vivió Martín hasta los 15 años. Vivían en el barrio de Malambo, predominantemente de gente pobre. Al poco tiempo de llegar de Ecuador, en 1591, con sus doce años, recibió la confirmación de manos del santo arzobispo Toribio de Mogrovejo en la catedral.

La hija de la casa donde vivía, Francisca Vélez Michel, dice en el Proceso que, ya desde entonces, Martín daba muestras de ser muy obediente y fervoroso. Algunas veces, le pedía a la dueña de casa pedazos de vela para alumbrarse por la noche y, yendo a observar lo que hacía, lo vio *hincado de rodillas, con las manos y ojos levantados al cielo, en oración y contemplación*¹².

El testigo Velasco Carabantes refiere que *el siervo de Dios, en su niñez, se apartó de los juegos pueriles y divertimentos que estos tienen y que las mañanas las empleaba en ayudar a misa en la iglesia de san Lázaro, viceparroquia del curato y feligresía de esta santa iglesia metropolitana; y las tardes en otros santos ejercicios*¹³.

También afirma que supo por boca de doña Francisca Vélez que en el contiguo jardín de la casona *plantó Martín, entre otras plantas, un árbol de limón que dura y permanece* (año 1679) *y le llaman el limón de fray Martín, y que dicho árbol todo el año estaba con fruto sazonado, siendo así que los demás no dan más que una vez al año*¹⁴.

Para aprender a ganarse la vida, entró a servir en la tienda del boticario Mateo Pastor, quien le enseñó el uso los medicamentos. Y, como en aquellos tiempos, las boticas eran como puestos de primeros auxilios, también pudo aprender a remediar los dolores de los pacientes que allí acudían, tomando un aprendizaje que le será muy útil para ser enfermero. Se adiestró en el oficio de barbero y aprendió a hacer sangrías a los enfermos, sacar muelas, hacer purgas, suturas, poner ventosas, aplicar unguentos y otros trabajos para curar enfermos.

LA VIDA CONVENTUAL

A los quince años, en 1594, pensó entregar su vida al servicio de Dios y de los demás, deseando ingresar al convento de Santo Domingo. Su madre no se opuso a su vocación y ella misma lo llevó a presentarlo ante el Prior. De acuerdo

¹¹ Archivo Vaticano, vol 1289, fol 88-89.

¹² Archivo Vaticano, vol 1289, fol 376-377.

¹³ Archivo Vaticano, vol 1289, fol 135-135v.

¹⁴ Ib. fol 88v.

a las normas establecidas, no podía acceder a ser sacerdote ni hermano lego, por ser mulato y quedó sólo como hermano donado, algo así como sirviente de la Comunidad para hacer los servicios más humildes.

Cuando Martín tenía 17 años, en 1596, regresó a Lima su padre desde Panamá. Y se enteró que su hijo estaba en el convento en calidad de donado. Su orgullo de español importante le hizo sentirse mal y acudió a hablar con el Superior a ver si podía mejorar la situación de su hijo. Habló con el provincial fray Salvador de Rivera, pero se le explicó que, aparte de las normas establecidas en los capítulos provinciales, estaba la oposición rotunda del mismo Martín a cambiar la situación. Su humildad le hacía querer seguir siendo el último de los últimos y así se sentía feliz de servir a todos.

Este suceso lo refiere así fray Jacome de Acuña: *He oído decir a religiosos antiguos de aquel tiempo que pretendiendo el padre de dicho siervo de Dios que le diesen a éste, capilla y escapulario, como a religioso lego, el siervo de Dios con profundísima humildad lo resistió, pidiendo le diesen sólo el hábito de donado que tenía y que en él le admitiesen en la religión, que para quien era él, era una honra muy grande*¹⁵.

Es interesante anotar que, en aquel tiempo, el convento de santo Domingo era uno de los más grandes de América. Tenía entre 230 y 250 religiosos¹⁶. Según el cronista franciscano fray Buenaventura de Salinas y Córdova, daba de limosna a los pobres diariamente *246 panes pequeños de a cuartillo en la portería. Todos los domingos reparten 15 carneros crudos para 50 casas de mujeres pobres españolas, fuera de cocidos y aderezados que cada día se reparten a los pobres que comen en la portería, que todos juntos hacen cada semana 21 carneros. Además de esto, se añade para los pobres toda la carne que dejan los religiosos en el comedor y los pedazos de pan, que de ordinario llenan dos canastas grandes. Y las Cuaresmas, los viernes y sábados, reparten mucho pescado, guarancos, frejoles (alubias)... con que sustentan a los pobres*¹⁷.

Con esto nos podemos ya dar una idea del inmenso trabajo que había en el convento con tantos religiosos que atender y tantos pobres que alimentar, ayudar y curar. Por supuesto que eran varios los hermanos religiosos no sacerdotes; pero, desde el principio, Martín se distinguió entre ellos por su humildad, servicialidad y alegría. Sus principales ocupaciones eran hacer de portero, ropero, barbero, boticario y enfermero, aparte de limpiar, tocar la campana y ayudar a

¹⁵ Archivo Vaticano, vol 1290, fol 40v.

¹⁶ Según el cronista jesuita Bernabé Cobo, hacia 1624 había en el convento 230 religiosos, más 20 ó quizás 30 hermanos donados: Cobo Bernabé, o.c., parte II, libro III, cap. III, p. 419.

¹⁷ Salinas y Córdova, o.c., p. 208.

misa todos los días. Así estuvo, llevando una vida ejemplar durante 9 años. Y, al ver su buen comportamiento, los Superiores lo admitieron a la profesión religiosa perpetua. Tenía 24 años.

El texto literal del libro de profesiones del convento dice así: *El 2 de junio de 1603 hizo donación de sí a este convento para todos los días de su vida el hermano Martín de Porras, mulato, hijo de Juan de Porras, natural de Burgos y de Ana Velásquez, negra libre. Nació en esta ciudad y prometió este día obediencia para toda su vida a los Priors y Prelados de este convento en manos del padre fray Alonso de Sea, Superior de él, y juntamente hizo voto de castidad y pobreza, porque así fue su voluntad. Fueron testigos el padre fray Pedro de la Serna, maestro de novicios, y el padre fray Luis Cornejo y otros muchos religiosos; y firmólo de su nombre. Fray Alonso de Sea, Prior. Hermano Martín de Porras.*

Martín, según declara el sacerdote Baltasar de la Torre, era de *diminuta figura y pequeña estatura*¹⁸, pero ante los ojos de Dios era un gigante y fue creciendo de día en día hasta su muerte, llegando a *la plenitud de Dios en Cristo* (Col 2, 10).

EL DIABLO

En la vida de san Martín como en la de todos los grandes santos, se manifestaba el espíritu del mal, que no podía permanecer indiferente ante tanto bien que realizaba y tantas almas que llevaba al cielo. El demonio, con el permiso de Dios, lo tentaba y él aprovechaba esos sufrimientos para ofrecérselos al Señor y así ganar más almas para Él.

El capitán Juan de Guarnido certifica en el Proceso que *fue público y notorio que, de ordinario, tenía grandes luchas con el demonio y que, la noche que murió el dicho siervo de Dios, se dijo en el convento que habían entrado en su celda los religiosos a verle, entendiéndolo que se moría, y que habían oído que estaba luchando con el demonio, a quien le decía: “Quita, maldito, vete de aquí, que no me han de vencer tus amenazas”*¹⁹.

El mismo testigo asegura que había en el convento *una escalera que bajaba de uno de los claustros altos a la enfermería, la cual, ordinariamente, estaba cerrada y, si alguna vez la abrían, no pasaba persona por ella que no*

¹⁸ Archivo Vaticano, vol 1292, fol 151.

¹⁹ Proceso, p. 310.

caía o se lastimaba. En una ocasión, yendo subiendo por la escalera el venerable hermano fray Martín de Porras, que iba en socorro de un religioso enfermo, con un brasero de candela en la mano y alguna ropa a deshoras de la noche, había encontrado en un rincón de aquella escalera al demonio y le había preguntado qué hacía allí y le había respondido que en aquel paso tenía sus ganancias con los que pasaban por él. Y diciéndole que se fuese a sus profundas cavernas malditas, no lo había querido hacer.

Entonces, se había quitado el cinto que llevaba puesto y le había dado con él diciéndole muchas palabras. El demonio se había ido y fray Martín había hecho en aquel lugar dos cruces, que vio este testigo en la pared. Y que el dicho venerable hermano, después de lo referido, mandó hacer una cruz de madera de la altura de una vara y media y la puso en el mismo lugar y sitio donde había hecho las de carbón. Y, desde entonces, hubo pasaje por la dicha escalera sin que sucediese mal alguno a ninguna persona de las que pasaban por ella²⁰.

El sargento Francisco de la Torre, que estuvo hospedado en la celda de Fray Martín, declara que *el siervo de Dios le llevaba de comer y de cenar con mucha caridad. Una noche, habiéndose recogido en la celda... vio que vino el dicho siervo de Dios a la celda y se encerró por dentro; y sin hablar palabra a este testigo, estuvo en la primera pieza de la celda y le oyó este testigo decir enojado, como hablando con alguna persona: “¿Para qué has entrado aquí? ¿Qué tienes que buscar? ¡Vete!”. Y así otras palabras injuriosas que le decía...*

Este testigo se extrañó de que el dicho siervo de Dios se enojase de aquella suerte por ser como era muy pacífico y humilde en su condición y trato, y salió a querer ver a la puerta de la dicha alcoba con quién reñía. Y en ese instante, vio al dicho siervo de Dios que lo traían rodando por la celda y dándole muchos golpes sin que se pudiese ver quién era ni tampoco ver bulto alguno. Y luego vio este testigo que la celda ardía y también las alcobas en que estaba guardada la ropa de los enfermos; y este testigo estuvo con notable turbación y miedo. Entonces, viendo el siervo de Dios arder el dicho fuego empezó a dar voces, llamando para que le socorriese... Y ambos, cada uno por su parte, empezaron a apagar el fuego y lo apagaron en efecto...

Después, este testigo se fue a recoger sin preguntar cosa alguna, porque quedó despavorido y espantado, y en toda la noche no pudo este testigo dormir ni sosegar del miedo tan grande que recibió. Y, estando pensando en ello, oyó las tres de la madrugada, y se levantó el siervo de Dios de la tarima en que

²⁰ Proceso, p, 309.

estaba recostado; en la cual tenía una piedra por cabecera y una calavera al lado, y se fue a tocar el Alba, como tenía por costumbre...

Y luego se levantó este testigo a ver el daño que había causado el fuego y, mirando la parte y lugar por donde lo había apagado, no halló cosa alguna ni señal ni aún con olor de humo, por lo que quedó con más temor y espanto; mayormente, cuando había visto arder patentemente dicho fuego. Y quedó presumiendo que aquello no podía haberlo hecho si no es el demonio, perseguidor de los siervos de Dios²¹.

ALGUNAS VIRTUDES

1. HUMILDAD

Fray Martín era muy humilde y se consideraba el último y el más pecador. Antonio José de Pastrana afirma haberle oído decir, cuando se disciplinaba: *Ven acá, perro mulato. ¿Por qué no eres muy agradecido a Dios por tantos beneficios como te ha hecho de haberte traído a la religión a la compañía de tantos buenos para que fueses bueno y no te perdieses? ¿Y no acabas de entender, mulato? Si te hubieras quedado en el siglo, ¿hubieras llegado a esta edad? No, porque te hubieran ahorcado por ladrón. Y teniéndote Dios en su casa, por no dejar de ser ladrón, hurtas el tiempo a las obligaciones de tu ocupación y oficio y de servir a tus amos que son los enfermos y religiosos, y te has hecho un haragán. Vuelve en ti y acuérdate de las misericordias de Dios y sé muy agradecido²².*

Fray Juan de la Torre oyó algo parecido: *Ven acá, perro mulato ruin, ¿con qué correspondes a Dios los beneficios que te ha hecho de hacerte hijo de la Iglesia, cristiano, católico y religioso en la compañía de tantos religiosos, nobles, doctos y santos? Ha sido grande la misericordia de Dios de no tenerte en el infierno por tus pecados y escándalos. ¿Hasta cuándo ha de durar esta mala vida, tu tibieza y flojedad en el ejercicio y ocupación que se te ha encomendado?²³*

Y, cuando algunos religiosos lo trataban mal de palabra, con mucha humildad respondía, echándose en el suelo para quererles besar los pies, mientras le decían las dichas palabras²⁴.

²¹ Proceso, pp. 237-238.

²² Archivo Vaticano, vol 1292, fol 408.

²³ Archivo Vaticano, vol 1292, fol 395-397.

²⁴ Francisco de santa Fe, Proceso, p. 319.

Su vestir era humildísimo y pobre, pues no traía más de una túnica de jerga que le daba hasta las rodillas y, sobre ella, el hábito sin más camisa a raíz de las carnes... Su cama era un ataúd con una estera por colchón y un pedazo de madera por cabecera. Y con ser tan rigurosa, la usaba pocas veces, porque las más de las noches se dejaba llevar del poco rato de sueño en un poyo o banco a los pies de algún enfermo, cuando le veía fatigado o de riesgo. Y en la caridad fue tan grande que, sin encarecimiento, juzga este testigo que le podrían llamar con justo título fray Martín de la caridad²⁵.

El padre Antonio de Estrada declara que estando muy enfermo el siervo de Dios de una cuartanas muy rigurosas que padecía todos los años por el tiempo de invierno y, viendo que no tenía cama donde dormir, por la humildad y menosprecio con que se trataba sin más abrigo, le mandó el padre fray Luis de Bilbao que era Provincial, que por obediencia echase sábanas en la dicha cama y tuviese colchón; visto lo cual por el dicho siervo de Dios, le oyó decir este testigo, hablando con el dicho padre provincial con mucha humildad: “¿A un perro mulato que en el siglo no tuviera qué comer ni qué dormir, manda vuestra paternidad que se acueste entre sábanas? Por amor de Dios, que vuestra paternidad no me lo permita²⁶.

En una oportunidad en que estaba enfermo el padre Pedro de Montesdoca de un mal en la pierna entró a servirle el hermano fray Martín y por no sé qué niñería que sucedió en la celda, se enojó con él el dicho fray Pedro y lo deshonoró, diciéndole que era un perro mulato y otras malas razones; a lo cual se había salido riendo de la celda el dicho hermano. Y al anochecer del día de este suceso, entró con mucha paz y alegría en la celda con una ensalada de alcaparras, diciéndole al dicho padre: “Ea, padre, ¿está ya desenojado? Coma esta ensalada de alcaparras que le traigo”.

Y, viendo el dicho padre fray Pedro que había estado deseándolas todo el día y padeciendo el desgano del comer y el dolor de que le habían de cortar la pierna al día siguiente, pareciéndole cosa seria que le hubiese traído lo que había estado deseando y que aquella era obra de Dios, le pidió perdón al hermano fray Martín y le agradeció el regalo; y con grande fervor le pidió se doliese de él y mirase que estaban para cortarle la pierna. A lo cual el dicho hermano se llegó y se la vio y le puso las manos en ella, con lo cual quedó sano y libre de lo que le amenazaba²⁷.

²⁵ Juan de la Torre, Proceso, p. 142.

²⁶ Proceso, p. 204.

²⁷ Juan de Figueroa, Proceso, p. 84.

El padre Juan Ochoa de Varástegui certifica que, *viendo una mañana al venerable hermano ocupado en limpiar unas secretas (retretes o baños) del convento, a lo cual venía todas las mañanas, estando viviendo en casa del arzobispo de México don Feliciano de Vega, que en aquel tiempo estaba enfermo en esta ciudad y había pedido con particular fervor y consuelo que le asistiese, este testigo le dijo a fray Martín: “Hermano, ¿no es mejor estar en la casa del señor arzobispo de México que en las secretas del convento?”. Y respondió: “Padre fray Juan, más estimo yo un rato de estos que paso en este ejercicio que muchos días de los que tengo en casa del señor arzobispo”*²⁸.

El padre Cristóbal de san Juan afirma que *a los religiosos enfermos les servía de rodillas y estaba de esta suerte asistiéndolos de noche a sus cabeceras los ocho y los quince días, conforme a las necesidades en que los veía estar, levantándolos, acostándolos y limpiándolos, aunque fuesen las más asquerosas enfermedades, todo con un encendido corazón de ángel a vista de este testigo y de los demás sus hermanos*²⁹.

Y sigue diciendo el mismo testigo: *Resplandeció singularmente en la virtud de la humildad... Rara vez fue la que este testigo le vio levantar los ojos de la tierra. Cuando entraba en las celdas de los religiosos, le daban silla o banco en que se sentase, pero no lo admitía y prefería sentarse a sus pies en el suelo. Y, si acaso algunos le trataban mal de palabras, era el semblante de su rostro más alegre que si le hicieran alguna honra o lisonja, respondiendo a los oprobios que le hacían con palabras de grandísimo amor y mansedumbre*³⁰.

2. PENITENCIA

San Martín hacía mucha penitencia, ofreciendo sus sufrimientos por la salvación de los demás. *Fue muy abstinente en su comida. Y esta se reducía, los días que la Comunidad comía carne, a una escudilla de caldo y algunas verduras; y en los días de pescado, a algunas legumbres. Y esto era muy moderado. Viéndolo, parecía cosa imposible sustentarse así un cuerpo humano*³¹.

Ayunaba todas las Cuaresmas a pan y agua desde el día Jueves Santo hasta el día de Pascua a mediodía. Y este día por gran regalo comía unas yucas

²⁸ Proceso, p. 116.

²⁹ Proceso, p. 100.

³⁰ Proceso, p. 100.

³¹ Padre Salvador de la Mota, Proceso, p. 285.

y camotes. Y el segundo día comía por la solemnidad de la Pascua una sopas y unas pocas coles sin comer carne³².

El mismo testigo afirma que traía a raíz de las carnes una túnica de jerga muy gruesa y áspera y un cilicio de cerdas como jubón que le llegaba hasta los muslos... No se le conocía cama sino una alacena que tenía en la ropería, la cual le servía algunos ratos del día, porque las noches las pasaba en oración en el Capítulo y Coro alto, que eran los lugares de su devoción³³.

Todos los días, después de las oraciones se encerraba en su celda y estaba en ella poco más de tres cuartos de hora en oración y disciplina. Se azotaba con una disciplina que tenía de tres ramales, que tenía de hierro con sus rosetas. Y, acabada, llamaba a este testigo (Juan Vázquez Parra) y le pedía le curase las espaldas con vinagre, lo cual hacía. Y viendo este testigo lo lastimado que quedaba de las espaldas, le dijo muchas veces que no hiciese aquello y que escogiese otros modos que había de penitencia y siempre le respondía que todo aquello era nada para lo que merecía.

Y todo esto se lo decía a este testigo con semblante alegre y risueño sin mostrar flaqueza alguna. Y desde las doce y un cuarto de la noche era la segunda oración y disciplina; unas veces en su celda y otras en la sala del Capítulo delante de la imagen de un santo Crucifijo, y en ella estaba como cosa de tres cuartos de hora; la cual se daba en las asentaderas con un rebenque de látigo torcido.

Y en muchas ocasiones le vio este testigo en la sala del Capítulo elevado y suspendido en alto de la tierra, haciendo oración. Y a las cinco de la mañana era la tercera oración que tenía, unas veces en la celda y otras en unos sótanos solitarios que hay en el convento y allí se disciplinaba muy rigurosamente, dándose muchos azotes en las pantorrillas y en las plantas de los pies. Y por no poderlo hacer bien el venerable hermano, le pedía a este testigo que le diese los dichos azotes con unas varas de membrillo y así lo hacía, doliéndose mucho de las rigurosas penitencias que hacía³⁴.

³² Padre Fernando Aragonés, Proceso, p. 130.

³³ Proceso, p. 129.

³⁴ Juan Vázquez Parra, Proceso, p. 180.

Nota.- Juan Vázquez Parra es uno de los testigos más autorizados de la vida de nuestro santo. Cuatro o cinco años antes de la muerte de fray Martín, lo recogió en su celda. Era un jovencito español de unos 14 ó 15 años, a quien vio un día desamparado y pidiendo limosna. A partir de ese día, se convirtió en su ayudante y confidente. Fray Martín le consiguió, antes de morir, un puesto de soldado en la Armadilla que partía para Chile. Con el tiempo, salió de la milicia, se casó y tenía un hijo al declarar en el Proceso. También tenía una finca en la Sierra, a donde viajaba frecuentemente.

Marcelo de Ribera asegura haber oído a los religiosos del convento que *el siervo de Dios salía algunas veces azotándose por el convento como en procesión y que le iban alumbrando cuatro hermosísimos mancebos que se entendía eran ángeles*³⁵.

El mismo testigo afirma que *todo el tiempo tocó a Maitines y al Alba y que sólo dormía cuando le rendía el sueño en algún banco o en la cátedra del Capítulo o a los pies de algún enfermo que estuviese de riesgo necesitado; y la cama que tenía en su celda era una a modo de ataúd de tabla y sobre ella una estera y por cabecera un pedazo de madera, de la cual cama usaba cuando estaba malo y muy necesitado*³⁶.

*Y fue ponderable de cuantos lo conocían no haberle visto puesto nunca el sombrero que se permite a los donados por más que abrasase el sol en el rigor del verano, trayéndolo caído a las espaldas, no por bien parecer, sino por la modestia debida al hábito*³⁷.

*Las Pascuas del Espíritu Santo tenía por devoción irse a holgar con dos camisas que pedía de limosna, de jerga. Una de las dos camisas de jerga era para fray Juan Macías, su camarada y amigo, con las cuales se mudaban los dos siervos del Señor y juntos se iban al platanal que tiene la huerta de la Recoleta y allí hacían oración toda la Pascua con grandes penitencias de disciplinas. Hinchábanseles las espaldas y luego venía a mí, Juan Vásquez, a que le curase*³⁸.

Cuando estaba en la Recoleta, actual plaza Francia, con san Juan Macías, iba a trabajar a la huerta. *Esa era su mayor recreación, diciendo que con aquello se ganaba el sustento*³⁹.

También solía ir a la otra hacienda de la Orden, a Limatambo (del actual distrito de Surquillo), y allí trabajaba *incansablemente, arando la tierra y sembrando diferentes hierbas medicinales para el socorro de los pobres. Y, retirándose a lo más apartado y escondido de dicha hacienda, hacía sus continuas penitencias y ejercicios*⁴⁰.

³⁵ Proceso, p. 140

³⁶ Proceso, p. 136

³⁷ Baltasar de la Torre, Proceso, p. 196.

³⁸ Proceso, p. 397.

³⁹ Baltasar Carrasco, Proceso, p. 232.

⁴⁰ Padre Antonio Gutiérrez, Proceso, p. 292.

3. CARIDAD

a) CON LOS HOMBRES

Uno de los rasgos característicos de la vida de san Martín fue su gran caridad con todos. El padre Fernando Aragonés, su compañero enfermero, afirma: *Era tan grande su caridad que no hubo cosa imaginable que no la ejecutase..., sirviendo en sangrar y curar a los enfermos, dando limosnas a españoles, indios y negros, porque a todos los quería y amaba con singular amor y caridad. Casó huérfanas, vistió pobres y a muchos religiosos necesitados les remediaba sus necesidades así de hábitos como de lo demás que les faltaba y ninguno llegó a pedirle por Dios que fuese desconsolado... y algunos hombres ricos le daban dinero para dar limosna por su mano y a la puerta de la portería esperaban a dicho siervo de Dios, españoles pobres para que les curase postemas y llagas incurables, envejecidas y rebeldes a las medicinas. Y en cuatro días que les curaba y ponía manos, las reducía a mejor estado, sanándolas.*

Lo mismo hacía a los indios y negros a quienes curaba el dicho siervo de Dios con ardiente celo de caridad y amor de Dios que ardía en su alma. Y en este tiempo hubo una peste en esta ciudad de una enfermedad que llaman alfombrilla o sarampión en la cual tuvo este testigo en su enfermería sesenta enfermos, los más de ellos mancebos novicios. Esta enfermedad daba crueles calenturas que se subían a la cabeza... El siervo de Dios estuvo sin parar de día y de noche, acudiendo a dichos enfermos con ayudas, defensas cordiales, unturas, llevándoles también a medianoche azúcar, panal de rosa, calabaza y agua para refrescar a dichos enfermos. Y a estas horas, maravillosamente entraba y salía del noviciado, estando las puertas cerradas y echados los cercos⁴¹.

El mismo testigo señala que *a mediodía, a horas de comer, iba el siervo de Dios al refectorio (comedor) y llevaba una taza y una olla para recoger su comida y lo demás que sobraba a los religiosos que comían a su lado y, si veía algún pobre a la puerta de dicho refectorio, era notable su inquietud hasta enviarle de comer... Y con no comer el dicho siervo de Dios más que pan y agua por su mucha abstinencia, quería que todos comiesen muy bien, por su mucha caridad. Y acabando de comer, sacaba su olla y su taza llena de comida y se iba a la cocina de la enfermería, donde le esperaban a aquellas horas pobres españoles, negros e indios enfermos y hasta perros y gatos que a aquella hora esperaban el sustento por mano del siervo de Dios. Y antes de repartir, les*

⁴¹ Proceso, p .124.

echaba la bendición, diciendo: “Dios lo aumente por su infinita misericordia”. Y así parece que sucedía, que se lo aumentaba Dios por su mano, pues comían todos y llenaban sus ollitas y quedaban todos contentos hasta los perros y gatos. Y en acabando, quedaba tan gozoso que decía que no había tal gusto como dar a pobres⁴².

Y, estando repartiendo la comida a los pobres, cuando parecía que ya se acababa y que no podía alcanzar para cuatro o seis de ellos, por más y más que acudiesen, para todos había; y sobraba para otros que viniesen⁴³.

Su caridad la desplegaba en primer lugar con sus hermanos religiosos de quienes era enfermero. Con ayuda de algunos ricos que le ayudaban, llegó a tener en la ropería para los enfermos ropa que se llegó a evaluar en más de seis mil pesos, de donde vestía a los religiosos pobres que no tenían de donde les viniese. Y era tanta su caridad que todos los sábados, una canasta grande que tenía, la cargaba de ropa limpia e iba de celda en celda de los religiosos pobres a dársela para vestirse; y los lunes volvía de la misma suerte a recoger la que se habían quitado, teniendo cada túnica sus brevete por la limpieza. Y en la celda en que habitaba tenía sus cajones de madera con sus números que correspondía a los dichos brevets de las túnicas para que no se cambiasen. Todo con mucha curiosidad y limpieza, como lo vio este testigo muchas veces⁴⁴.

Algunos años antes de que muriese, hizo en la enfermería del convento más de 80 camisas de lana; las cuales repartía entre los religiosos a fin de que no se las pusiesen de lienzo sino de lana, para que observasen la Constitución que trata de no vestir lienzo. Y también para que le diesen las de lienzo para los enfermos de la enfermería⁴⁵.

Para ello, salió el venerable fray Martín con grandísima humildad a pedir limosna por las calles de los mercados y otras partes de esta ciudad. Y como era tan querido y estimado de las personas más principales, juntó lo que fue bastante para que cada religioso, así maestros, sacerdotes, mozos y novicios, tuviesen tres túnicas de anascote⁴⁶.

Juan Vázquez Parra declara que se ocupaba todos los sábados de la semana en dar 400 pesos a 160 pobres, que se repartían de limosna; los cuales buscaba fray Martín en martes y miércoles que juntaba, porque el jueves y

⁴² Proceso, p. 125

⁴³ Francisco de santa Fe, Archivo Vaticano, fol 682-682v.

⁴⁴ Padre Alonso de Arenas, Proceso, p. 219.

⁴⁵ Padre Gonzalo García, Proceso, p. 349.

⁴⁶ Padre Salvador de la Mata, Proceso, p. 288.

*viernes lo que buscaba era aparte para clérigos pobres; porque la limosna que juntaba el sábado se aplicaba a las ánimas (del purgatorio), juntándola con la del lunes. La del domingo era poca... la ocupaba en comprar frazadas (mantas) para dar a algunas pobres negras y españolas; a unas, camisas y, a otras, frazadas, y a cada una en particular de lo que necesitaba le socorría antes de que se lo pidiesen*⁴⁷.

*Fue un hombre de grandísima caridad. En el oficio de enfermero que ejerció, usaba tanto de ella para con los religiosos enfermos que, además de asistirles con el mayor amor del mundo, le tenían todos por padre y amparo, llamándole padre de los pobres*⁴⁸.

El padre Gonzalo García recuerda que *en muchas ocasiones vio que en el convento entraban en la enfermería por la portería falsa algunos hombres que los traían heridos y con algunas heridas penetrantes y de muerte, y aplicando un mediano remedio a la herida y haciendo la señal de la santa cruz sobre ella, sin otros remedios, dentro de pocos días quedaban sanos y buenos*⁴⁹.

Muchas veces *se iba a la ranchería, donde estaban los negros a quienes llamaba tíos. Y en viendo al siervo de Dios, cada uno salía con un achaque; unos de llagas, otros descalabrados y otros con dolores que padecían; y a todos los curaba con una cajita de ungüentos y trapos que llevaba, dejándolos consolados a todos; y les reprendía sus vicios y a algunos les decía lo que habían hurtado aquel día y les reñía mucho. Y luego se iba a los aposentos de las negras enfermas viejas y las curaba y consolaba, doliéndose de sus trabajos todo lo cual era su recreación, su gusto y su deleite*⁵⁰.

Y no sólo se preocupaba de los cuerpos, sino también de sus almas. Fray Francisco de santa Fe declara que *andaba en las haciendas del convento, enseñando la doctrina cristiana y la fe de Jesucristo a los negros e indios y gente rústica que asistían en ellas*⁵¹.

*A la gente rústica, como negros e indios, los procuraba atraer al camino verdadero de la salvación, exhortándolos en Dios a que guardasen sus mandamientos y no le ofendiesen*⁵².

⁴⁷ Proceso, p. 388.

⁴⁸ Padre Antonio Gutiérrez, Proceso, p. 293.

⁴⁹ Proceso, p. 349.

⁵⁰ Fernando Aragonés, Proceso, p. 127.

⁵¹ Proceso, p. 318.

⁵² Padre Antonio Gutiérrez, Proceso, pp. 292-293.

*A todos encargaba mucho que no ofendiesen a su divina Majestad y le amasen sobre todas las cosas y a sus prójimos como a sí mismos, dándoles saludables consejos y procurándoles encaminar al camino verdadero de la salvación*⁵³.

En una oportunidad, se preocupó de un holandés (antiguo corsario) que vivía en la ciudad. Se llamaba Esteban y era tenido por cristiano. Se casó y, estando para morir en el hospital de san Andrés de esta ciudad y agonizando tres días con admiración de los que le asistían y veían tanto penar, el último día fue al dicho hospital el siervo de Dios a toda prisa y le dijo al enfermero: “¿Cómo es esto? ¿Estaba sin bautizarse y se quiere morir?”. Y así después se averiguó que no estaba bautizado y le dijo tantas cosas en orden a su conversión que lo consiguió y le pidió bautizarse; y el siervo de Dios fue a toda prisa a llamar al cura, a quien hizo que bautizase a aquel enfermo y lo casase con que luego murió⁵⁴.

En muchas ocasiones manifestó su deseo de ser mártir en el Japón. A este respecto, al padre Francisco de Arce manifiesta que oyó decir a un religioso de probada virtud, que iba al Japón los más de los días en espíritu y que allá se comunicaba con los de aquellas naciones⁵⁵.

Fray Francisco de santa Fe recuerda que en algunas ocasiones oyó este testigo tratar al venerable hermano de los mártires del Japón y que iría de buena gana allá, si le dieran licencia, a morir por Dios nuestro Señor y su ley; y se dijo en el convento que de hecho pretendía la dicha licencia para irse a México con el arzobispo Don Feliciano de Vega y de allí irse al Japón al dicho efecto⁵⁶.

b) CON LOS ANIMALES

También era de admirar su caridad con los animales. Cuando iba al gallinero de la enfermería, las gallinas se dejaban tratar por él y le agasajaban, rodeaban y festejaban como reconocidas de su caridad. Y si entraba a la caballeriza, las mulas y demás bestias se llegaban amorosas y halagüeñas con particulares muestras de gusto. Y esto mismo sucedía con los perros, gatos y demás animales caseros que mostraban dondequiera que lo veían mucha

⁵³ Juan de Guarnido, Proceso, p. 305.

⁵⁴ Proceso, p. 143.

⁵⁵ Proceso, p. 227.

⁵⁶ Proceso, p. 317.

*inquietud en los halagos, dando muestras, como podían, del gusto que en verle recibían, tocándole y lamiéndole la ropa*⁵⁷.

*En una ocasión, habiendo hallado en un muladar una mula para morir, porque le habían quebrado una pierna y estaba muy llagada, que de ninguna manera era de provecho para cosa alguna, la cogió el venerable hermano y la curó y la entablilló, diciéndole: “Criatura de Dios, sana”. Y dentro de pocos días estuvo buena y sana la dicha mula*⁵⁸.

*En otra ocasión, yendo el venerable hermano por la calle a cierta diligencia, encontró a un perro que le habían dado una estocada y que tenía las tripas afuera y, doliéndose mucho de él, como lo hacía de otros, lo llevó a su celda y allí lo curó de la misma suerte que si fuera persona racional, y le hizo cama hasta que estuvo bueno, teniendo grande cuidado con él y en su sustento*⁵⁹.

*Estando un día este testigo (Francisco Guerrero) con el venerable hermano, se entró de la calle un perro grande que venía mal herido y haciéndole muchas caricias y halagos que parecía conocerle, se dolió tanto de él que, de inmediato, le hizo su cama sobre una piel de carnero en su celda y allí lo curó como si fuera una persona y con el mismo cuidado... hasta que estuvo bueno. Y, estando sano, vio este testigo que lo llevó hasta la puerta falsa del convento y allí le dijo que se fuese donde estaba su amo; y así lo hizo el perro, obedeciendo al siervo de Dios*⁶⁰.

*El padre procurador de la comida tenía un perro viejo y sarnoso, con mal olor y por esta causa lo mandó matar a los negros de la cocina, los cuales lo ejecutaron luego. Y sacándolo arrastrando para echarlo en el muladar, los encontró el siervo de Dios... y reprendiendo la poca caridad con aquel animal, mandó a los negros se lo llevasen a la celda. Y encerrándolo el siervo de Dios en ella, se fue al padre procurador y le reprendió por la poca caridad y crueldad que había tenido con el perro, después de haberle servido y acompañado tantos años (dieciocho), dándole tan mal pago. Y después de dicha reprensión se fue a su celda y se encerró en ella y resucitó al perro. Al otro día, lo sacó sano y bueno a darle de comer a la cocina de la enfermería. Y le mandó que no fuese a la despensa, donde estaba el padre procurador, su amo. Y el dicho perro, como si fuera capaz de razón, le obedeció y nunca le vieron ir a la despensa, lo cual vio este testigo muchas veces*⁶¹.

⁵⁷ Fernando Aragonés, Proceso, p. 159.

⁵⁸ Padre Antonio Gutiérrez, Proceso, p. 294.

⁵⁹ Juan del Guarnido, Proceso, p. 311.

⁶⁰ Proceso, p. 276.

⁶¹ Fernando Aragonés, Proceso, p. 158.

Pero un día el padre Provincial, al ver tantos animales a quienes curaba el siervo de Dios y pensando que podían traer enfermedades, le ordenó que los echase fuera el convento. Movidó a compasión, cogió a todos los que pudo y los llevó a casa de su hermana. Su sobrina Catalina dice: *Vio esta testigo que todos los días, como a horas de las nueve del día poco más o menos, iba... y debajo de la capa del hábito les llevaba el sustento necesario. Y luego que entraba en el patio decía en voz alta, hablando con los perros: "Salgan que aquí estoy, que tengo que hacer". Y aún no era bien dicho, cuando salían infinitos perros, que le cercaban todo y a cada uno de por sí les iba dando de comer lo que les traía y luego les decía que se fuesen y que no enfadasen en casas ajenas.*

Y diciéndole la madre de esta testigo (su propia hermana) que para qué llevaba tantos perros a su casa que le eran de enfado, porque le ensuciaban la casa, le decía que ya andaba buscando dónde tenerlos. Y hablando con los dichos perros, les decía que, en teniendo necesidad, saliesen a la calle. Y vio esta testigo muchas veces que, desde entonces, los dichos perros, cuando querían hacer alguna necesidad, salían a la calle y se volvían a entrar sin dar enfado ni molestia en la casa ni ensuciarla como antes lo hacían⁶².

El padre Hernando de Valdés declara que oyó públicamente decir que habiendo tirado un escopetazo a un gallinazo, que estaba en el río a espaldas del convento, le hirieron con muchas postas en una pierna y quebrándosela se vino volando a la huerta del convento, donde le vio el siervo de Dios, que de ordinario estaba en ella sembrando hierbas medicinales para curación de los enfermos

Se llegó al gallinazo y lo cogió, a pesar de ser un animal muy medroso y cobarde. Y con toda la mansedumbre, el animal se estuvo quedo como aguardando el socorro del dicho siervo de Dios, el cual le curó la herida, continuando todos los días, llevándole de comer a la huerta; donde, cuando veía a cualquier otra persona, huía, menos del siervo de Dios, a quien aguardaba como si fuera su padre y le reconociera el debido agradecimiento⁶³.

En unas recreaciones que hubo, trajeron al convento unos toros y terneras para que los coristas jugasen con ellos; y estuvieron cuatro días sin comer. Y sabiéndolo el siervo de Dios, se afligió mucho y en presencia de este testigo (Marcelo de Ribera) cargó a toda prisa botijas de agua y las iba poniendo en la puerta del noviciado. Y, al día siguiente, se publicó el caso en

⁶² Proceso, p. 214.

⁶³ Proceso, p. 169.

todo el convento. Fue que, después de tener mucha agua y hierba que trajo de la caballeriza del convento, se le abrieron las puertas del noviciado a más de medianoche y metió la dicha agua y hierba y la fue repartiendo a cada uno según la edad que tenían. Y siendo animales tan furiosos, se le domesticaron y amansaron de tan suerte que llegaban al siervo de Dios como a besarle el hábito. Y un religioso, llamado fray Diego de la Fuente, le oyó hablar y que decía a los toros: “El hermano mayor, deje, deje de comer a los menores”. Y con esto se volvió a salir. Y para mayor prueba del caso hallaron las botijas quebradas en que les había dado de beber, por donde conocieron que se le franquearon las puertas⁶⁴.

En otra ocasión, trajeron a los novicios unas ternerillas para divertirse, pero eran tan mansas que se quejaron de que parecían de palo. Entonces, el siervo de Dios les trajo un torillo más vivo. Los dos primeros días todo fue muy bien; pero al tercero, se embraveció, y los novicios le tomaron miedo y ya no querían salir de las celdas, porque el torillo estaba en el patio. Entonces fray Martín, tomó una cañuela de carrizo en la mano y, yéndose para el torillo, le dio en las astas, diciendo: “Yo no le traje aquí para que estorbase el que los religiosos fuesen a alabar a Dios en el coro. Váyase fuera y déjelos cumplir con su obligación”. Y, obediente el torillo, sin hacer movimiento alguno, salió del patio del noviciado y por los claustros del convento como una oveja⁶⁵.

Un día estaba el siervo de Dios afligido al ver el daño que los ratones hacían en la ropa de los enfermos. Y cogió un ratón y le dijo: “Hermano, ¿por qué hace daño con sus compañeros en la ropa de los enfermos? No lo mato, pero vaya y convoque a sus compañeros que se vayan a la huerta, que allí les daré de comer todos los días”. Y así fue que de las sobras de la enfermería les llevaba todos los días su ración. Y permitió Nuestro Señor, en premio de su mucha caridad, que no hubiese más ratones en la ropería, como vio este testigo⁶⁶.

Pero no sólo en la ropería, también en la sacristía del convento había muchos ratones que destruían los ornamentos litúrgicos. El sacristán se quejaba continuamente. Fray Martín llevó de la enfermería una canasta y entrándose con el sacristán en la pieza de la oficina que sirve para guardar los ornamentos de la sacristía, puso en medio de ella la canasta y con voces mansas autorizadas y llenas de confianza, dijo: “Ea, hermanos ratones, todos se vayan recogiendo en esta canasta que no es razón de que estén echando a perder los ornamentos que sirven al culto divino y empobrezcan la religión y la sacristía...”. Y, a la voz del

⁶⁴ Proceso, p. 137.

⁶⁵ Archivo Vaticano, vol 1288, fol 507v-508.

⁶⁶ Marcelo de Ribera, Proceso, p. 137.

siervo de Dios, luego se recogieron los ratones dentro de la canasta a vista de algunos religiosos que se hallaron presentes..., y los llevó cargados en la canasta a la huerta, prometiéndoles que les llevaría el sustento necesario a ella⁶⁷.

Fernando Aragonés dice: *Parece que los animales le obedecían por particular privilegio de Dios como se verá por un ejemplo y suceso prodigioso que este testigo vio, y fue el caso que debajo del sótano que está debajo de la enfermería del convento parieron una perra y una gata. Y pareciéndole al siervo de Dios que podrían morir de hambre madres e hijos, cuidaba todos los días de llevarles un plato de sopas; y mientras comían, les decía: “Coman y callen y no riñan”. Y sucedió que un día salió un ratón a querer comer en el dicho plato y, viéndole el siervo de Dios, le dijo: “Hermano, no inquiete a los chiquillos y, si quiere comer, meta gorra y coma y váyase con Dios”. Y así lo hizo que, sin inquietarse ni el dicho ratón ni los dichos perrillos ni gatillos, comieron con mucha quietud lo cual vio este testigo por haberle llamado a verlo el siervo de Dios⁶⁸.*

Fray Juan López manifiesta que *vio... comer juntos sin ofenderse perros, gatos y ratones⁶⁹*. Fray Antonio de Morales asegura que *en una ocasión mandó a un perro, a un gato y a un ratón que comiesen juntos, como si fueran de una misma especie, y acabado el mantenimiento, se fueron cada cual por su parte, obedientes a la voz del siervo de Dios⁷⁰*.

Y era voz pública en el convento que fray Martín *les prevenía en vasijas lo que habían de comer; no pocas veces aconteció mandar que comieran sin hacerse mal ni daño unos a otros, estando juntos perros, gatos y ratones, obedeciendo estos el mando, como si fueran racionalísimos⁷¹*.

4. AMISTAD

San Martín era tan bondadoso y caritativo con todos, que, especialmente los pobres, lo consideraban como un padre. Algunas personas, incluso quisieron que él los considerara hijos formalmente. El padre Cipriano de Medina refiere que *siendo novicio, le pidió que lo reconociese por hijo y lo atendiese como*

⁶⁷ Archivo Vaticano, vol 1290, fol 39-39v; vol 1289, fol 553-553v.

⁶⁸ Proceso, p. 158.

⁶⁹ Archivo Vaticano, vol 1290, fol 544v.

⁷⁰ Archivo Vaticano, vol 1288, fol 267.

⁷¹ Archivo Vaticano, vol 1289, fol 544v.

*padre, y como tal hijo lo miraba y atendía para imitarle en lo que fuese posible*⁷².

Baltasar Carrasco cuenta que él, *deseoso de participar de la oración que tenía y de los favores que juzgaba que la divina Majestad le hacía, le pidió y rogó mucho tiempo, diciendo a este testigo que para qué quería tener un padre mulato..., hasta que, al cabo de algunos años, después de la comunión que recibió con la Comunidad, estando este testigo en la sacristía, vino a ella y lo abrazó a este testigo, llamándole hijo y que los hijos de este testigo eran sus nietos; con lo cual este testigo, desde el año 1628, fue continuando la amistad con el venerable hermano*⁷³.

El virrey, como amigo, lo visitaba alguna vez y le daba mensualmente 100 pesos para sus pobres⁷⁴. También lo visitó en la última enfermedad. Y desde el arzobispo de Lima, Fernando Arias de Ugarte, hasta el arzobispo electo de México, Feliciano de Vega, a quien curó de una enfermedad, todos sin excepción, pequeños y grandes, querían tenerlo por amigo.

Dice el padre Salvador de la Mata: *Cuando salió a pedir limosna por las calles de los mercados y otra partes de la ciudad, como era tan querido y estimado de las personas más principales, juntó lo que fue bastante para que cada religioso tuviese tres túnicas de anascote*⁷⁵.

Pero también los pobres le daban lo que podían. Afirma Juan Vázquez Parra que *algunas tardes salía por las chacras que avecindan a la de Limatambo y algunas veces se alargaba a la pescadería de Surco a curar algunos indios e indias enfermas; y es de entender que los indios lo conocían y nos daban plata para que por mano del venerable se dijese algunas misas por sus padres y abuelos.... Sacábamos setenta y ochenta pesos de la ranchería de la mar, cuando veníamos para el pueblo de Surco. Y era mucho lo que nos cargaban los indios e indias de todo lo que tenían*⁷⁶.

Uno de los momentos en que más se manifestó su popularidad y el cariño que todos le tenían fue cuando se iba a casar su sobrina Catalina con el español Melchor González. El mismo arzobispo de Lima *le echó los brazos* y mandó darle 1.000 pesos para el matrimonio. Juan Vázquez Parra declara: *El lunes por la mañana fuimos al almacén de Figueroa y dio 1.500 pesos en patacones y un*

⁷² Proceso, p. 87.

⁷³ Proceso, p. 232.

⁷⁴ Proceso, p. 401

⁷⁵ Proceso, p. 288.

⁷⁶ Proceso, p. 399.

vestido de paño de Castilla con una pieza de ruán para sábanas y nos dijo que nos volviésemos allá a la tarde, a lo cual volvimos y ya tenía hablado a todos los mercaderes de la calle, los cuales todos le fueron dando el parabién del casamiento.

Unos le ofrecieron 500 pesos y otros 200 y otros 300; en cosa de hora y media que estuvimos en la calle se juntaron 7.000 pesos, fuera de 3 piezas de ruán que nos dieron y otros dos cortes de paño de Castilla, con que entre los mercaderes y las negras fruteras y panaderas se juntaron 9.000 pesos... Y con los 1.000 que el señor arzobispo dio, se juntaron 10.000, lo cual lo cargué yo, Juan Vázquez, que soy el que asistí en aquel tiempo y lo declaro ahora. Después vinieron al convento algunos amigos a darle el parabién... entre los cuales se juntaron 2.000 pesos, que por toda la cantidad fueron 12.000⁷⁷.

Uno de sus grandes amigos fue el padre Andrés Lisón. Francisco de santa Fe refiere que un religioso, al morir el padre Lisón, *había visto salir de su celda al venerable hermano fray Martín* (ya difunto), *diciendo a voces que allí iba y que había asistido a la muerte del dicho religioso, que había sido grande amigo suyo en vida*⁷⁸.

Francisco Ortiz lo consideró íntimo *amigo suyo*⁷⁹. Otro gran amigo fue el capitán Juan de Figueroa, que dijo ser *su muy amigo*⁸⁰.

Otros amigos que le dieron dinero para el matrimonio de su sobrina fueron *Utrilla el barbero, Juan Crespo, del mismo oficio; Villarroel, el doctor, y Zúñiga el cirujano*⁸¹.

Sería interminable la lista de nombres, porque lo querían y consideraban, no sólo un amigo cercano sino también como un padre, a quien podían acudir con confianza, especialmente en los momentos difíciles para recibir una ayuda, un consejo o curación de sus enfermedades. De modo especial, amaba a los novicios del convento, a quienes llamaba hijos. Pero todos lo querían, porque a todos hacía el bien con caridad y alegría. Por eso, podemos decir que era amigo de todos.

5. ALEGRÍA

⁷⁷ Proceso, pp. 388-389.

⁷⁸ Proceso, p. 320.

⁷⁹ Proceso, p. 119.

⁸⁰ Proceso, p. 83.

⁸¹ Proceso, p. 389.

Los santos son las personas más felices del mundo, porque están más cerca de Dios, que es la alegría del mundo. San Martín no era una excepción, por más que algunos se espanten de sus grandes penitencias.

Los testigos del Proceso coinciden en afirmar que era un hombre muy alegre, aunque no lo manifestaba externamente con grandes carcajadas, sino con una sonrisa sencilla, que transmitía amor y paz. Su sobrina Catalina de Porras dice que *tenía el semblante muy alegre y risueño*⁸². El padre Salvador de la Mota asegura que *tenía siempre el rostro muy alegre*⁸³.

El capitán Juan de Guarnido, que era su amigo, afirma que *siempre estaba con el semblante alegre y risueño*⁸⁴. El padre Antonio Gutiérrez lo recalca, diciendo que ayudaba a todos *con mucho agrado y con el semblante alegre y risueño*⁸⁵. El padre Cristóbal de san Juan certifica que *cuando algunos lo trataban mal, el semblante de su rostro era más alegre que si le hicieran alguna grave honra o lisonja, respondiendo a los oprobios con palabras de grandísimo amor y mansedumbre*⁸⁶.

Francisco Ortiz lo encontró un día *con grande alegría y muy risueño, hablando la lengua china*⁸⁷. El padre Francisco de Arce pudo decir de él que *fue muy pacífico y amoroso... y jamás le vio este testigo airado el rostro ni acción impaciente sino que trajo siempre el rostro alegre y el corazón pacífico y quieto, dando a entender que en él y en su alma moraba la gracia del Espíritu Santo y regía sus acciones*⁸⁸.

Por eso, podemos decir que era un hombre alegre y feliz. Ya hace mucho tiempo se viene diciendo que *un santo triste es un triste santo*. Yo diría que no puede existir un verdadero santo que sea triste. Una de las señales ciertas de la auténtica santidad es el amor, la paz y la alegría de Dios que tienen los santos. Entonces, ¿vale la pena ser santos? Pidamos esta gracia a Dios por intercesión de san Martín, pues Dios *nos ha elegido desde toda la eternidad para ser santos e inmaculados ante Él por el amor* (Ef 1, 4).

⁸² Proceso, p. 216.

⁸³ Proceso, p. 287.

⁸⁴ Proceso, p. 311.

⁸⁵ Proceso, p. 293.

⁸⁶ Proceso, p. 100.

⁸⁷ Proceso, p. 121.

⁸⁸ Proceso, p. 226.

AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Jesús Eucaristía fue el amor de su vida y el centro de su corazón. *Se confesaba a menudo y recibía el Santísimo Sacramento. El día que lo recibía no aparecía en el convento y se metía dentro de una cátedra que está en la sala del Capítulo para poder estar oculto y rezar con más devoción y recogimiento*⁸⁹.

El sargento Francisco de la Torre declara que *era tan devoto del Santísimo Sacramento que se acuerda este testigo que, en una ocasión andando buscándole por todo el convento algunos religiosos, habían tocado la puerta de su celda. La abrió este testigo y dijo que no estaba adentro... Y fue en busca suya y lo halló que estaba en el tejado de la iglesia en un escondido rincón que había en él muy solitario, haciendo oración, hincado de rodillas y puestas las manos con grandísima devoción, mirando a la parte donde estaba colocado el Santísimo Sacramento. Estaba suspendido en el aire más de dos tercios en alto de la tierra y tan transportado y fuera de sí que, aunque este testigo lo llamó tres veces, no le respondió cosa alguna y que parecía inmóvil, con lo que, por no interrumpirle, lo dejó y se fue*⁹⁰.

*Cuando recibía el Santísimo Sacramento de la Eucaristía era con tan fervorosos afectos que parecía su rostro una brasa encendida*⁹¹.

Fray Francisco de santa Fe lo vio una vez al salir de la comunión, *con el rostro como si fuera de un ángel, al entender y juicio de este testigo, que no sabe decir cómo ello era*⁹².

El padre Antonio Gutiérrez anota que *el tiempo que le sobraba, después de hacer lo que tenía que hacer en la enfermería, se ocupaba en hacer oración delante del Santísimo Sacramento y de la imagen de Nuestra Señora la Virgen María y de otros santos de quienes era muy devoto*⁹³.

Nunca estaba ocioso, su vida era continua oración, hiciera lo que hiciera, pero le gustaba el silencio y estar a solas con Dios, en especial disfrutando de su presencia en la Eucaristía. Por eso, el día que comulgaba era para él el cielo en la tierra y se escondía para que nadie lo pudiera interrumpir en su oración.

⁸⁹ Padre Antonio Estrada, Proceso, p. 205.

⁹⁰ Proceso, p. 238.

⁹¹ Francisco Velasco Carabantes, Archivo Vaticano, vol 1289, fol 114.

⁹² Archivo Vaticano, vol 1290, fol 697.

⁹³ Proceso, p. 292.

AMOR A LA VIRGEN MARÍA

María estaba siempre presente en su vida como una buena madre. Llevaba siempre un rosario al cuello y otro en el cinto como era costumbre en los religiosos en el Perú; y todos los días rezaba el rosario como buen dominico.

Fue cordialísimo devoto de la Santísima Virgen Nuestra Señora, a quien amaba y veneraba con singular reverencia; en cuya capilla pasaba las noches en oración ante esta divina Reina con quien consultaba todo lo que había de hacer, valiéndose de su intercesión ante su divino Hijo. Por lo cual, en todo cuanto ponía mano, le sucedía bien. Y asimismo se sabe que traía siempre un rosario colgado al cuello y otro en las manos en que ejercitaba la oración del avemaría; no soltando el rosario sino cuando se había de ejercitar en algún acto de ministerio de sus oficios⁹⁴.

Algunos religiosos certificaron que *en diferentes ocasiones le había hablado una imagen de la Virgen que estaba en el “de profundis” y hoy está colocada en una capilla que hay en la portería principal del convento⁹⁵.*

Procuraba adornar con flores los altares de la Virgen y también le gustaba poner velas encendidas ante las imágenes de María como atestiguan varios testigos⁹⁶.

Fray Domingo Gil declara haber oído a religiosos graves y llenos de virtud que *queriendo la divina Majestad y la Santísima Virgen María remunerar la continua asistencia de fray Martín al Oficio menor de Nuestra Señora que la Comunidad le reza a medianoche antes de entrar a Maitines en presencia de una imagen de la Virgen Nuestra Señora..., muchas veces se quedaba el siervo de Dios el último y salía tras la Comunidad y que, en esas ocasiones, veían los religiosos que dos ángeles le iban alumbrando con antorchas en las manos. Lo cual vieron repetir muchas veces⁹⁷.*

La amaba tanto que no es de extrañar que en la última enfermedad se le apareciera *la Santísima Virgen, su patrona y abogada... con otros ángeles y santos⁹⁸.*

⁹⁴ Padre Antonio Gutiérrez, Archivo Vaticano, vol 1288, fol 456v.

⁹⁵ Archivo Vaticano, vol 1290, fol 678.

⁹⁶ Archivo Vaticano, vol 1290, fol 657-658; 672-673.

⁹⁷ Archivo Vaticano, vol 1288, fol 341.

⁹⁸ Archivo Vaticano, vol 1289, fol 163.

LOS ÁNGELES

Muchas veces tenía comunicación con los ángeles, aunque no se conoce mucho sobre este aspecto de su vida. El doctor Marcelo Ribera afirma haber oído *a los religiosos del convento y fue público y notorio que el siervo de Dios, azotándose por el convento como en procesión, lo iban alumbrando cuatro hermosísimos mancebos que se entendía eran ángeles*⁹⁹.

Francisco Pérez Quintero dice: *Vio este testigo que todas las noches se recogía el siervo de Dios a horas de la una de la noche poco más y luego se ponía en oración delante de una santa Verónica donde estaba más de una hora, y luego se metía en unos cajones altos que había en la celda, donde guardaba la ropa de la enfermería, cruzaba los brazos y se metía de medio cuerpo dentro de ellos quedando la otra mitad fuera colgando, estando de esta suerte grandísimo rato. Y que vio que todas las noches, por una ventana que caía de la celda al claustro de la enfermería, entraba un gato grande de tres colores, que vio este testigo: blanco, negro y pardo. Y se llegaba al venerable hermano y con las manos empezaba a tirar del hábito como haciéndole señas de que ya era hora de algún ejercicio. Y el hermano fray Martín salía de la celda tras el dicho gato e iba a tocar la campana del Alba, de que siempre tuvo devoción de hacerlo*¹⁰⁰.

¿Quién podía ser ese gato inteligente, que todas las noches lo despertaba, sino un ángel de Dios? Otras veces, como ya hemos anotado, cuando salía de rezar con la Comunidad, *los religiosos veían que dos ángeles le iban alumbrando con antorchas en las manos*¹⁰¹.

DONES MÍSTICOS

a) ÉXTASIS Y LEVITACIÓN

Uno de los dones místicos que Dios concede a sus siervos es el del éxtasis, un estado en el que está tan absorto en Dios que permanece inmóvil e insensible a los estímulos exteriores. Este estado puede, en algunos casos, llegar a la

⁹⁹ Proceso, p. 140.

¹⁰⁰ Proceso, p. 264.

¹⁰¹ Archivo Vaticano, vol 1288, fol 341.

levitación, es decir, el santo puede levantarse del suelo y permanecer suspenso en el aire hasta por varias horas.

El padre Gonzalo García declara que *era público y notorio en el convento que en la sala del Capítulo se abrazaba con un santo crucifijo que está en ella, suspendido de la tierra en alguna distancia de alto, y estaba el hermano fray Martín de Porras con el dicho crucifijo de tal suerte que sus brazos los tenía con los suyos, cosa que causaba notable admiración*¹⁰².

Juan Vázquez Parra asegura que una vez que habían ido a sembrar manzanilla a las lomas de Amancaes, *se puso a hacer oración hincado de rodillas, dando gracias a Dios Nuestro Señor y, dirigidos los ojos al cielo, vio este testigo que también se elevó y, suspendido en alto de la tierra, estuvo más de hora y media*¹⁰³.

El mismo testigo certifica que un día, yendo como a las dos de la tarde a entrar en la celda del venerable hermano, que estaba en oración delante de la imagen de un santo crucifijo que tenía en la celda, *lo vio con los brazos en cruz y en la mano derecha una cruz, inclinados los ojos en el dicho crucifijo. Y de esta suerte lo vio suspendido en el aire de altura de un hombre poco más o menos. Visto lo cual, quedó tan espantado y despavorido que le obligó a retirarse atrás a toda prisa y fue a llamar a un religioso lego llamado Fernando que asistía en la botica y, contándole el caso, le dijo que callase la boca y cerrase la puerta y que vería tanto de lo referido que no se espantase de cosa alguna*¹⁰⁴.

El padre Antonio de Estrada declara que le contó fray Pedro de Mendoza, religioso lego, persona de mucha virtud y penitencia, que una noche, estando fray Martín orando en el altar de Nuestra Señora del Rosario, *hubo un temblor muy grande y que había visto en el altar de nuestro Padre santo Domingo que estaba hincado el siervo de Dios, haciendo oración, levantado del suelo como una cuarta en alto elevado, con las manos puestas en cruz y que de la punta de la barba le salía un globo de fuego; el cual le bañaba el rostro y remataba en la mitad de la cabeza. Y que también había visto en esta ocasión que nuestro padre santo Domingo, que estaba y está presente en el dicho altar, tenía vuelta la cara al altar mayor y las espaldas al cuerpo de la iglesia*¹⁰⁵.

Otro día fue un negro a encender una vela a la sala del Capítulo y salió al instante, llamando a este testigo (Marcelo de Ribera) para que fuese a ver lo que

¹⁰² Proceso, p. 350

¹⁰³ Proceso, p. 183.

¹⁰⁴ Proceso, p. 179.

¹⁰⁵ Proceso, p. 206.

había en el Capítulo. Y este testigo entró y vio al siervo de Dios suspenso en el aire y puesto en cruz con las manos pegadas a las de un santo Cristo crucificado que está en un altar de dicho Capítulo. Y todo su cuerpo lo tenía asimismo pegado al del santo crucifijo como que le abrazaba y estaba del suelo más de tres varas. Y entró luego el maestro fray Antonio de Arce y el padre fray Pedro de Loaysa, y lo vieron así como lo ha referido este testigo¹⁰⁶.

b) BILOCACIÓN

La bilocación es la presencia simultánea de una misma persona en dos lugares diferentes. Se conoce con seguridad que san Martín tenía el don de bilocación y que, mientras estaba presente en el convento, cumpliendo sus diarias obligaciones, se le veía en otro lugar distante, haciendo obras de caridad. Muchos autores consideran que es imposible que una misma persona con un solo cuerpo pueda estar en dos lugares diferentes. Por eso, consideran que en uno de los dos lugares un ángel toma su figura y hace sus veces. De todos modos, sea como fuere, veamos algunos ejemplos.

El doctor José Manuel Valdés en su biografía, bien documentada, sobre nuestro santo, nos habla de un comerciante de Lima, amigo de fray Martín, que debió viajar a México. Estando en esa ciudad le sobrevino una grave enfermedad y, entonces, se acordó de su amigo fray Martín, que ya le había curado en alguna ocasión estando en Lima, y lo invocó, diciendo: *Mi amado fray Martín, mi enfermero. Estoy gravemente malo en esta ciudad, pídele a Dios que me libre de esta enfermedad*". Y diciendo estas y otras semejantes súplicas, vio entrar por la puerta de su dormitorio al beato fray Martín, quien le dijo: "Confíe en Dios, que de esta enfermedad no morirá" ..., y le aplicó algunas medicinas. Al preguntarle a fray Martín, dónde estaba, le respondió: "En el convento".

El comerciante creyó que estaba en el convento de México. Y, al día siguiente, que ya estaba sano, fue a visitarlo, pero allí nadie sabía nada. Y, cuando regresó a Lima, fue a visitarlo al convento de santo Domingo, donde algunos religiosos le confirmaron que nunca había salido de Lima, sino para ir a la hacienda de Limatambo¹⁰⁷.

¹⁰⁶ Proceso, p. 139.

¹⁰⁷ Valdés José Manuel, *Vida admirable del bienaventurado Martín de Porras*, Gráfica Smart, séptima edición, Lima, 1951, p. 256.

Otro caso parecido ocurrió también con un amigo de fray Martín que, estando en Portobelo, Panamá, se enfermó. Y fray Martín acudió a sanarlo en bilocación¹⁰⁸.

Francisco de Montoya, en sus declaraciones, anota el hecho de que él había hablado largamente con un antiguo cautivo de Argelia, donde había conocido a fray Martín que visitaba a los esclavos cristianos, consolándolos y aliviándolos. Después de ser liberado y venir al Perú, buscando un futuro, se encontró con fray Martín, y grande fue su admiración, cuando supo por los demás religiosos, que nunca había salido del Perú¹⁰⁹.

Fray Jacome de Acuña declara: *Estando este testigo en la hacienda de Limatambo, fue en algunas ocasiones a dicha hacienda el siervo de Dios; y con las noticias que este testigo tenía de que los días de comunión se transportaba e iba a socorrer a los pobres enfermos y necesitados del Japón, Argel, China y Berbería (Norte de África), estaba con cuidado a las acciones del siervo de Dios... Y le pedía a este testigo, antes de comulgar, que le diera unos panes por amor de Dios... Y así cargaba el siervo de Dios las mangas y el pecho y, de esta suerte, iba a la capilla de la hacienda, habiendo oído misa y comulgado en ella... Y se iba por el olivar y allí desaparecía de entre las gentes¹¹⁰.*

Fray Antonio José Pastrana dice que, *por casos que se averiguaron, estuvo fray Martín en Bayona (Francia) en un hospital que hay en dicha ciudad y dispuso y fundó otro en Berbería para los cristianos cautivos; y estuvo en Japón, consolando a los nuevos convertidos¹¹¹.*

Juan Vázquez Parra habla en el Proceso de que un día fue a visitar con fray Martín a una señora que padecía erisipela en la cara. *Pidió un poco de agua y un pollo que tuviese todo el pelo negro. Para lo cual cogieron un gallo... y cortándole la cabeza, toda aquella sangre que caía en el agua rosada se iba batiendo. Ya incorporada el agua con la sangre, mandó que se pusiesen unos paños mojados en aquella agua y se aplicasen a la parte donde estaba la erisipela y, habiéndosela puesto, nos despedimos... El hombre le preguntó: “Padre, ¿quién usa de estas curas que no las he oído otra vez?”. Y respondió el venerable Martín: “Vi hacer estas curas en uno de los más grandiosos hospitales que hay en toda Francia, que fue en Bayona”. Después yo me he aprovechado de ello y se han hallado mis enfermos muy bien y así espero en Dios que esta señora*

¹⁰⁸ Ib. p. 257.

¹⁰⁹ Fumet Stanislas, *San Martín de Porres*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1983, p. 60.

¹¹⁰ Archivo Vaticano, vol N° 1290, fol 59v-60v.

¹¹¹ Archivo Vaticano, vol N° 1292, fol 386.

*se hallará mejor con este remedio*¹¹². Aquí, él mismo habla de haber estado en el hospital de Bayona.

Francisco de Arce declara que *oyó decir a un religioso de probada virtud que escribió la vida de dicho venerable hermano fray Martín de Porras, que iba al Japón los más días en espíritu y que allá se comunicaba con los de aquellas naciones*¹¹³.

Francisco Ortiz testifica que, estando en conversación con fray Martín, *alabó mucho a un religioso lego de su Orden que tenía la virtud de enseñar a leer y escribir la doctrina cristiana a 24 huérfanos... y esto era en la ciudad de Manila... De esta relación, se alegró mucho el dicho venerable hermano; y este testigo conoció en él, por sus acciones, el entrañable deseo de ver a aquel religioso... De allí a tres días, este testigo fue a hablar al venerable hermano fray Martín de Porras y le halló con grande alegría y muy risueño, hablando la lengua de la China, que entendió este testigo como persona que la sabe, y así le pareció que lo vio (a aquel religioso), pero el cómo o por dónde no lo supo este testigo*¹¹⁴.

c) AGILIDAD

Es la traslación corporal casi instantánea de un lugar a otro, a veces muy lejano, de donde nos encontramos. En la vida de san Martín se conocen casos de estos. El padre Alonso de Arenas afirma que *un día, en la hacienda de Limatambo, estando trillando los mayordomos y chacareros trabajadores en una era de trigo, habían huido unas yeguas chúcaras (cerriles) con que trillaban; y habían saltado una tapia y, habiéndose hallado presente el dicho venerable hermano fray Martín de Porras, había corrido tras ellas y las había alcanzado y traído por delante a la dicha era, de donde habían huido. Y entonces le dijo a este testigo el dicho padre que había tenido por cierto que el dicho venerable hermano tenía el don de la agilidad*¹¹⁵.

Juan Vázquez Parra dice que *estando sembrando manzanilla con el siervo de Dios, acabando de sembrar, estaba ya puesto el sol por más de tres cuartos de hora. Y le decía: “Acabemos, padre, vámonos”. Pero él se despojó de su ropa y sacó un látigo que llevaba e, hincado de rodillas, comenzó con su ejercicio, que era darse tres disciplinas cada día... En el uso de este ejercicio, cerró la noche, la niebla cubrió la tierra y el frío apretaba. Volviendo en sí del éxtasis,*

¹¹² Proceso, p. 393.

¹¹³ Proceso, p. 227.

¹¹⁴ Proceso, p. 121.

¹¹⁵ Proceso, p. 222.

*nos vinimos al convento y yo, trotando la cuesta abajo, le hallaba siempre a mi lado, pareciéndome que no andaba. Desde que salimos del olivar de Medrano, yo no sé cómo fue, porque en aquel instante nos hallamos en medio del puente de Lima, que hay un cuarto de legua por lo menos. Y entramos en el convento*¹¹⁶.

Pero algo más maravilloso fue hacer que un grupo de religiosos pudieran cubrir en un instante una gran distancia de modo sobrenatural. Lo cuenta uno de los que vivieron esta experiencia, fray Francisco Velasco Carabantes. Un día de primavera había salido un grupo de religiosos jóvenes al cerro de Amancaes, que está del convento más de media legua. Concluida la merienda y viendo que cerraba la noche, hizo (fray Martín) recoger a toda prisa todo el carruaje y dijo a los hermanos religiosos que eran en número más de treinta: *Ea, chiquitos, tomen las capas que es hora ya de recogerlos y hacemos falta en casa.*

*Y, viniendo todos a pie el trecho referido y habiendo oído la oración en un callejón que dista casi media legua del convento, se hallaron en él en medio de cuatro credos, sin saber por dónde ni cómo habían venido, más entretenidos y divertidos con la misma actividad y fervor del siervo de Dios que los alentaba a caminar. Lo cual vio y experimentó este testigo por ser uno de los que fueron al dicho recreo*¹¹⁷.

El padre Gaspar de Saldaña relata que, hablando sobre la vida de fray Martín con el padre Tristán de Silva, predicador general de la Orden, le había dicho que *una noche, estando velando en el claustro principal, vio una luz grande. Y pareciéndole que ya era de día, miró qué era aquello y vio que pasaba volando el dicho fray Martín de Porras y entraba por el arco que está antes del dormitorio de los hermanos legos, donde tenía su celda el hermano Barragán*¹¹⁸. Aquí se habla de volar. Por supuesto, traspasando puertas y paredes.

d) SUTILEZA

Consiste este don místico en el paso de un cuerpo a través de otros, al igual que Jesús se presentaba ante sus discípulos, estando las puertas cerradas (Jn 20, 19-26).

¹¹⁶ Proceso, p. 394.

¹¹⁷ Archivo Vaticano, vol 1289, fol 117v-118.

¹¹⁸ Proceso, p. 97.

Doña Catalina Ramírez declaró que *estaba enfermo de erisipela en una pierna el que fue después su marido, Rodrigo Meléndez. Se hallaba en una celda del convento y una noche, muy afligido, estando la puerta de la celda con llave, dijo el dicho Rodrigo Meléndez: “¡Quién tuviera ahora agua caliente para darse un baño!” Y al punto había entrado el dicho siervo de Dios con el agua caliente y le había dado el baño con que había quedado admirado sin saber por dónde había entrado. Y que, preguntándose al dicho siervo de Dios, le había respondido que él tenía modo para ello, lo cual le contó a esta testigo y oyó decir muchas veces en presencia de sus hijos al dicho su marido y que era milagro aquella entrada, porque estaba cerrada la puerta y la llave puesta en la cerradura por dentro*¹¹⁹.

Fray Francisco Guerrero estaba de portero en el noviciado y se encontraba enfermo fray Matías de Barrasa. *Estando cerradas las puertas y echados los cercos, y entregadas las llaves por este testigo al padre fray Juan Fernández que era maestro de novicios, le sobrevino al dicho fray Matías un accidente grave del que murió. Y, estando en él con muchas aflicciones, pidió que para consuelo suyo le llamasen al venerable hermano fray Martín de Porras... Y estando como estaban cerradas las puertas, se halló dentro de la celda el dicho venerable hermano con grande admiración de todos los que lo supieron. Y para salir, este testigo, como portero, le hubo de abrir las puertas para que saliese como lo hizo*¹²⁰.

El presbítero Pedro Quijano declara que oyó muchas veces a su hermano fray Vicente Ferrer que, *estando enfermo de calentura en el noviciado, una noche a deshora, estaba afligido con la calentura y sudando, lo que le obligó a lamentarse diciendo: “Oh fray Martín, ¡quién me diera una camisa para mudarme! Y luego entró en su celda el dicho siervo de Dios con candela, sahumador y una camisa, de lo que se admiró el dicho fray Vicente por ser a dicha hora y estar cerrado el noviciado y echado el cerco. Y que le había preguntado: “Fray Martín, ¿por dónde entró?”. A lo que le respondió: “Callad y no os metáis en eso”. Y que le mudó la camisa y se salió de la celda. Y después fray Vicente preguntó, si le habían abierto la puerta al entrar o salir y se averiguó que no se había abierto por ser a deshora y estar cerradas las puertas y echado el cerco y estar todos durmiendo*¹²¹.

Siendo maestro de novicios el padre fray Andrés de Lisón, cayeron cinco o seis novicios enfermos, a los cuales acudía el siervo de Dios con extremada

¹¹⁹ Proceso, p.149.

¹²⁰ Proceso, p. 274.

¹²¹ Proceso, p. 147.

caridad. Y visitando el dicho padre Maestro su noviciado a deshoras de una noche, vio en una celda de uno de los dichos enfermos al dicho siervo de Dios, sirviéndole. Y, admirado, no le habló palabra ni quiso ser visto de él. Y, reparando que no podía haber a aquellas horas puerta por donde el dicho siervo de Dios pudiese haber entrado, se fue a ver si estaba cerrada la dicha puerta y halló estarlo y tener en su poder la llave.

Se fue a espiarle desde una ventana que caía sobre la dicha celda para ver sin ser visto, cuándo o por dónde salía el dicho siervo de Dios. Y estuvo aguardando grande rato si abrían o no la dicha puerta. Y visto que no salía, subió a buscarle a la celda del dicho enfermo y no lo halló¹²².

Estando enfermo de hidropesía fray Diego de Medrano, amigo de este testigo (Juan de Guarnido), lo llevaron a la enfermería del convento. Al cabo de algunos días, lo desahucieron los médicos y lo velaban de noche. Él lo velaba con otro religioso en su celda, de día y de noche. Una noche, habiendo cerrado la puerta de la celda con llave y echado la aldaba que tenía por dentro, se echaron a dormir vestidos. Y estando dormidos, como a las tres de la mañana sintió este testigo que a la cara le llegaba algún género de candela que le calentaba el rostro y, entonces, despertó y oyó que le dijo, a este testigo y al otro religioso, el dicho venerable hermano fray Martín que se había entrado en la habitación, riñéndoles del descuido que tenían del enfermo.

Y habiendo encendido la luz, vio este testigo que el venerable hermano traía en la mano un brasero de candela juntamente con una camisa y unas sábanas para el enfermo, que lo hallaron en el suelo frío y casi muerto, sin poder hablar, y había venido a socorrerle en aquella necesidad sin ser llamado. Y yendo a mirar por dónde había entrado, se halló la puerta de la celda cerrada de la misma suerte que la habían dejado cuando se habían echado a dormir. Y el dicho enfermo, dentro de breves días, estuvo bueno y sano de la enfermedad¹²³.

Como vemos, no solamente entraba en las celdas, estando las puertas cerradas, sino también conocía sobrenaturalmente las necesidades de los demás.

e) LUCES O RESPLANDORES SOBRENATURALES

Consiste este don en luces o resplandores sobrenaturales que aparecen en los cuerpos de los santos especialmente durante los éxtasis.

¹²² Padre Fernando Aragonés, Proceso, pp. 156-157.

¹²³ Proceso, p. 306.

Juan Vázquez Parra declara: *Una noche, estando yo acostado y fray Martín tendido en el suelo boca abajo con un ladrillo arrimado a la narices, hallé la celda muy clara y resplandeciente. Y un religioso sacerdote que había venido de Huancavelica, llamado fray Juan, me dijo: “Ten, no abras la puerta que estoy toda la noche dando gracias a Dios de ver tanta luz donde no hay vela”*¹²⁴.

El mismo testigo afirma que una noche, *como a las once, hubo un temblor muy recio y se levantó de la cama, dando voces, llamando al venerable hermano, al cual halló echado en el suelo boca abajo y puesto en cruz con un ladrillo en la boca y el rosario en la mano, haciendo oración. Y por ser tanta la claridad y resplandor que había en dicha celda, que era más que de sol, no habiendo quedado encendida luz alguna, admirado este testigo de ver una cosa tan rara y resplandor tan brillante, se llegó al venerable hermano y se abrazó a él, que no le respondió cosa alguna ni hizo acción alguna ni movimiento, que parecía estar muerto... Salió a vestirse al claustro y dio cuenta a fray Miguel de santo Domingo, contándole lo que pasaba, y lo vio de la misma suerte que este testigo y dentro de la celda aquel resplandor*¹²⁵.

El padre Gaspar de Saldaña refiere que, *tratando un día de las virtudes y santidad de fray Martín con el padre Tristán de Silva, le dijo cómo el hermano fray Juan, religioso virtuoso y de muy buena opinión, le había dicho cómo una noche, estando velando en el claustro principal, vio una luz grande. Y pareciéndole que ya era de día, miró aquello y vio que pasaba volando fray Martín de Porras y entraba por el arco que está antes del dormitorio*¹²⁶.

El padre Gonzalo manifiesta que *fray Martín traía amedrentado al convento, porque le veían salir de la sala del Capítulo rodeado de luces y resplandores, que alumbraban el claustro principal donde está la dicha sala y de allí volvía hasta el coro alto de la iglesia del dicho convento donde desaparecía*¹²⁷.

¹²⁴ Proceso, p. 396.

¹²⁵ Proceso, p. 181.

¹²⁶ Proceso, p. 97.

¹²⁷ Proceso, p. 350.

f) INVISIBILIDAD

Esta era también una característica de san Martín, pues los días que comulgaba no aparecía por el convento por más que lo buscaban a no ser que hubiera una grave necesidad o fuera mandado venir en virtud de la obediencia.

Juan Vázquez de Parra asegura que *un día, a las dos y media de la tarde, entró don Cristóbal de la Cerda, alcalde de la Corte de la Real Audiencia de Lima, a buscar a dos delincuentes que estaban en los sótanos que están debajo de la cocina de la enfermería. Y, entrando por la cocina principal a la lavandería, entraron en la huerta y prosiguieron hacia el sótano. Los delincuentes, que tuvieron noticia de que iban en busca suya, subieron por la cocina de la enfermería y se fueron a la celda del venerable hermano diciendo: “Padre, por amor de Dios, socórranos, que viene la Justicia tras nosotros y está ya aquí”. A lo que respondió el siervo de Dios: “Vengan acá e hínquense de rodillas y encomiéndense a Dios”. Apenas se hincaron de rodillas, cuando entró el Alcalde de Corte en la celda donde estaban los delincuentes y también fray Martín, hincado de rodillas; y poniéndose delante de ellos, el señor Alcalde dijo a los ministros: “Miren esos colchones, si están por ahí”. Y eran los tres cuerpos los colchones y se salió de allí sin haber visto nada, cuando los tenía debajo de sus pies*¹²⁸.

El mismo testigo manifiesta que un día, a las diez de la mañana, estaba el padre Maestro Osorio buscando a fray Martín. *Se encontró con este testigo y habiéndole preguntado por él, le dijo que no estaba en su celda, siendo así que estaba en ella en oración como lo hacía de ordinario en su celda. Y quitándole a este testigo la llave, abrió y entró dentro. Y estaba el venerable hermano de rodillas en su oración, suspendido de la tierra en alto, y este testigo lo vio delante de un santo que tenía por su abogado, nombrado san Auxilio, en la forma que este testigo lo había visto elevado otras veces y, aunque dicho Vicario lo buscó, no lo halló ni lo vio y se salió de la celda, arrojándole la llave a este testigo, haciéndosele invisible*¹²⁹.

g) PERFUME SOBRENATURAL

Este don místico es un cierto perfume de exquisita suavidad que sale del cuerpo de algunos santos durante su vida o también de sus sepulcros o reliquias después de su muerte.

¹²⁸ Proceso, p. 396.

¹²⁹ Proceso, p. 182.

A este respecto, cuenta el padre Juan Ochoa de Verástegui que, viéndole limpiar los baños del convento y, aunque pudiera pensar que tuviera algún mal olor, siempre estaba *con lindo olor de su persona y que jamás le olió mal, trayendo como traía el siervo de Dios un saco a raíz de las carnes y, con lo que trabajaba todos los días, sudaba mucho; y aunque este testigo llegó muchas veces a abrazarle, siempre le halló con un suave olor de su persona*¹³⁰.

Francisco Ortiz asegura que, estando para morir en su última enfermedad el siervo de Dios, queriéndose despedir de él, *se llegó a su cama, porque estaba vuelto de espaldas a este testigo y le dio un ósculo en el pescuezo; y sintiéndolo el venerable hermano, sacó el brazo y lo asió de la cabeza y pescuezo y lo apretó contra el suyo tan fuertemente que lo hizo sudar muchísimo. Y todo el tiempo que estuvo de esta forma con el brazo del venerable hermano encima de su cuello, este testigo gozó de un olor de cielo tan suavísimo y tan grande que hasta entonces jamás lo había olido ni gustado*¹³¹.

Igualmente, Francisco de santa Fe afirma que a su muerte acudió *grandísimo concurso de gente de todos los estados sin ser llamados a la iglesia del convento a venerar su cuerpo, tocando rosarios, besándole las manos y los pies y que su cuerpo quedó tan tratable y de olor tan suavísimo que parecía estar vivo y todos lo veneraban por santo*¹³².

Juana de Reyes declaró que, *habiendo puesto el cuerpo de fray Martín en la capilla Mayor, sintió un olor tan suavísimo que le pareció no haber otro alguno en el mundo con quien compararlo y así se lo dijo a las demás sus amigas con quien iba, preguntándoles si sentían lo mismo, a lo que le respondieron que sentían y olían lo mismo*¹³³.

Antonio de Alarcón recuerda que, después de la muerte de fray Martín, *este testigo tuvo a muy grande suerte alcanzar entre las reliquias que se repartieron a la devoción del pueblo, un jubón; el cual despedía de sí un olor y fragancia suavísima, especialmente a lirios y azucenas, en que reparando este testigo, para certificarse de esta verdad, lo mostró a otras muchas personas que verificaron lo mismo*¹³⁴.

¹³⁰ Proceso, p. 116.

¹³¹ Proceso, p. 122.

¹³² Proceso, p. 320.

¹³³ Proceso, p. 160.

¹³⁴ Proceso, p. 162.

Incluso, después de varios años, en 1664, al hacer el traslado de su cuerpo a la iglesia, *los huesos estaban frescos y con alguna carne viva y un olor tan agradable que parecía haberlo allí presente*¹³⁵.

h) PROFECÍA

Es el conocimiento sobrenatural de cosas futuras. Un día, fray Martín fue llamado por el cirujano Zúñiga. *Al llegar a su casa lo encontró muy mal de tabardillo (fiebre tifoidea). El cirujano le dijo: “Padre, muy malo me siento y conozco que esta enfermedad es mi muerte”. Y respondió el venerable fray Martín: “Téngalo así entendido y déle muchas gracias a Dios por las mercedes que le hace, que en otro peor tiempo le pudiera coger”. Le dijo el paciente: “Padre, si mi hora es llegada, cúmplase la voluntad de Dios”. Pues hijo, así lo puede hacer y disponga su testamento que mañana a estas horas ha de dar cuenta a Dios*¹³⁶. Y así sucedió.

Juan Vázquez Parra dice que fue con el siervo de Dios a casa de la familia Villarreal, donde el papá, muy amigo del siervo de Dios, estaba desahuciado por los médicos. *Fray Martín le preguntó: “¿Qué es esto?”. Él respondió: “Morir, padre”. “Amigo, déle gracias a Dios que para morir nacimos”. Y volviendo la cara a su mujer, le dijo: “¿No le ha dado algún desayuno?”. “Padre, no lo puede ya llevar”.*

*Fray Martín mandó sacar algunas almendras y dijo que él le daría de comer, que no era nada su enfermedad y él mismo hizo una almendrada con pepitas de melón. Y le dijo: “Amigo mío, para morir nacimos y es de fe que el que no come se muere, mire cómo como yo”. Y comiendo dos cucharadas de la almendrada, le dijo a su mujer: “Levántele la cabeza”. Y le fue dando a cucharadas y, habiéndola bebido, se despidió de él y de toda la gente y le dijo: “Hoy es sábado, el martes, si Dios quiere, me ha de ir vuesa Merced a ver”. Y así sucedió, pues vino el martes en silla de manos a ver a fray Martín*¹³⁷.

Fray Fernando Aragonés tuvo un disgusto con un prelado (Superior). *Por lo cual, andaba triste, pensando qué medio o camino tendría para ordenarse sacerdote (era hermano lego) como lo habían conseguido otros. A lo cual, entró el dicho siervo de Dios y le dijo: “¿Qué tristeza es esa?”. Consolaos, de aquí a 14 años estaréis quitado de estas cosas”. “¿Porque me habré muerto?”. “No,*

¹³⁵ Proceso, p. 358.

¹³⁶ Proceso, p. 394.

¹³⁷ Proceso, p. 397.

vos aspiráis a ser de corona (sacerdote). Para entonces ya lo habréis conseguido y, cuando volváis, ya no me hallaréis vivo y conoceréis esto”. Y sucedió todo como lo dijo a este testigo¹³⁸.

El padre Cipriano de Medina cuenta algo personal. *Un día, estaba con los demás novicios y otros religiosos en la rasura (corte de pelo). Algunos compañeros, como haciendo burla de este testigo, le dijeron al hermano fray Martín: “Hermano, haga la rasura al hermano fray Cipriano que es el feo de la casa”, porque en aquella edad este testigo era muy pequeño y muy grueso, y tenía tanto vello en el rostro que le afeaba demasiado, por cuya razón le llamaban en todo el convento, el feo. Habiendo oído fray Martín la risa con que lo decían, con la modestia que acostumbraba, dijo: “Feo lo llamáis, porque lo veis chiquito, pero él crecerá y será honra de nuestra Religión (Orden) y religioso de grande estatura.*

Al cabo de un año, poco más o menos, tuvo este testigo una enfermedad de calenturas muy grandes y estuvo en la cama cuatro o cinco meses y, sanando del achaque, se levantó con media vara de cuerpo más de lo que tenía cuando se enfermó, de modo que no le pudieron servir los hábitos que antes tenía y fue necesario hacerle otros nuevos con mucha admiración de todo el convento. Y desde ese tiempo, empezó a obrar la profecía del espíritu de dicho hermano, porque ha llegado hasta hoy por su trabajo y estudios, sirviendo a su Religión continuamente¹³⁹.

Fray Fernando Aragonés asegura que *sabía los enfermos que se habían de morir desde el principio de sus enfermedades y se lo decía a este testigo con mucha sencillez algunas veces. Sabía los hurtos que se hacían de la ropa y de la ropería y quién se lo había hurtado y dónde lo tenía. Iba y lo sacaba de donde estaba y lo volvía a ella. Decía a algunos lo que les había de suceder y a otros los pensamientos que tenían como a este testigo le sucedió muchas veces. Y asimismo le vio sanar muchos dolores con sólo poner sus manos el dicho siervo de Dios y resucitar a un fraile que había muerto en el convento, milagro concedido a los santos y a los siervos de Dios¹⁴⁰.*

¹³⁸ Proceso, p. 132.

¹³⁹ Proceso, p. 87.

¹⁴⁰ Proceso, p. 129.

i) DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

San Martín tuvo el don de conocer los secretos del corazón de las personas y también el conocimiento de muchas cosas de modo sobrenatural.

En una ocasión, *a un negro de la enfermería le hurtaron su cama, que era un colchón y una frazada (manta). Y habiéndoselo dicho el negro al siervo de Dios, le respondió: “Aguardadme aquí”. Y fue a la celda de un fraile y la sacó de ella, diciéndole: “Padre, si su muchacho no tiene cama, cómpresela usted y no vaya el muchacho a hurtarle la cama al negro”. Y la cargó y se la entregó¹⁴¹.*

En otra ocasión, invitó a merendar a un grupo de novicios en su celda. *Entró el hermano fray Martín con pescado, miel, pan y otras cosas y, sentándose en el suelo en un rincón, les dijo a todos: “Ea, hijos, merendad”... Y volviéndose a uno en particular le dijo por su nombre: “Fray fulano, poned ahí el patacón (moneda) que tomasteis, que no es nuestro y tiene dueño”. Y asombrados todos y el tal religioso en particular, éste le dijo: “Qué patacón hermano, ¿quién ha tomado aquí el patacón?”. Y, sonriéndose, le respondió: “Sacadlo del zapato que no está ahí bien la cruz de Jesucristo que tiene”. Y la sacó, dejándolos a todos admirados y absortos del caso¹⁴².*

Su sobrina Catalina de Porras manifiesta que, *estando un día en su casa y habiendo una fiesta grande, deseó ponerse ese día un manto nuevo para salir con él. Fue cosa prodigiosa y de admiración que, no se pasaron ni dos horas, cuando vio entrar por la puerta de su casa un negro que traía siete u ocho mantos para que esta testigo escogiese el que le pareciese mejor, y así lo hizo y quedó con notable admiración, pues sin haberle dicho cosa alguna al dicho venerable hermano ni a otra persona de su casa ni fuera de ella, le hubiese enviado el dicho manto, alcanzándole sus pensamientos, y dio infinitas gracias a Dios Nuestro Señor¹⁴³.*

La misma sobrina afirma que *su madre Juana de Porras, había mandado hacer una llave de un escritorio grande, donde su esposo Agustín Galán guardaba el dinero, con ánimo de sacárselo sin que él lo supiera. Al día siguiente, Juana se encontró en la calle con fray Martín que le dijo: “Hermana mía, ¿cómo ha hecho una cosa tan mala en haber hecho llaves para robar a su marido dinero?”, afeándole mucho la acción y dándole muchas reprensiones. Le dijo que la echase por allí y no se valiese de ella, que allí estaba él para*

¹⁴¹ Fernando Aragonés, Proceso, p. 135.

¹⁴² Padre Cipriano de Medina, Proceso, p. 89.

¹⁴³ Proceso, p. 216.

*socorrerla en lo que se le ofreciese, como lo hizo, mientras vivió. Y habiendo vuelto llorosa a casa, le contó a esta testigo lo que le había pasado y jamás usó de la dicha llave ni se valió de ella para cosa alguna, quedándose maravillados de cosa que no sabía el susodicho ni se le dio noticia de ello y que sólo lo sabían esta testigo y su madre*¹⁴⁴.

La misma Catalina afirma que *estaba en el valle de Bocanegra a tres leguas de Lima en compañía de su madre y de Melchor González, su marido; sobre cosas de poca importancia tuvo esta testigo un disgusto con su madre y a horas de mediodía recibieron un papel del venerable hermano fray Martín de Porras en que decía que había sabido el disgusto que había tenido esta testigo con su madre, porque había vuelto con su marido. Y visto el dicho papel por las personas que se hallaron presentes, se quedaron espantados de haber visto un suceso tan raro como el referido, mayormente sin haberle avisado de cosa alguna de dicho disgusto ni haber habido con quién en aquella ocasión*¹⁴⁵.

Y sigue diciendo que, *estando ella con su madre en una finca como a media legua de Lima, tuvieron un disgusto su madre y su padrastro Agustín Galán y se quedaron sin comer. Y, queriendo venirse a la ciudad, se presentó fray Martín con un canasta y en ella traía unas empanadas, roscas de pan regalado, frutas y vino, y entró en la casa donde estaban, diciendo que venía él a holgarse (alegrarse) y a comer con ellos y que ya sabía lo que había sucedido, de lo que todos se quedaron admirados... Y habiendo hecho las amistades entre marido y mujer, comieron lo que había llevado y se volvieron a quedar todos en la chacra (finca)... Y contando el caso sucedido la madre de esta testigo a un religioso de su Orden, llamado fray Fernando Aragonés, le dijo este que no podía ser que hubiese ido a la dicha chacra, porque no había faltado de su compañía un instante y había estado en el convento sin salir de él y que lo sabía, porque era su compañero de la enfermería*¹⁴⁶.

El padre Alonso de Arenas, siendo lector de Artes en el convento, *había salido una mañana muy afligido de flaqueza de estomago y venía pensando dónde hallaría una escudilla de mazamorra de chuño; y yendo por los claustros con este pensamiento, se había encontrado con el venerable hermano y le había dicho: “Hermano lector, ¿quiere vuestra paternidad una escudilla de chuño?”. Y quedándose admirado de ver una cosa tan rara y que él sólo había pensado, le dijo que sí y se la había llevado a su celda y había socorrido su necesidad*¹⁴⁷.

¹⁴⁴ Proceso, pp. 213-214.

¹⁴⁵ Proceso, pp. 214-215.

¹⁴⁶ Proceso, pp. 212-213

¹⁴⁷ Proceso, p. 222.

Precisamente por esto, porque conocía los corazones y porque Dios le daba una especie de ciencia infusa sin haber estudiado, *le consultaban como a oráculo del cielo los prelados por la prudencia, los doctos por la doctrina, los espirituales para la oración, los afligidos para el desahogo, siendo medicina general para todos los achaques*¹⁴⁸.

Juan de Arguinao, obispo de santa Cruz de la Sierra y electo arzobispo de la ciudad de santa Fe en el reino de Granada, afirma que *siempre tuvo al siervo de Dios por muy prudente y santo, porque el Señor le había dado la sabiduría de los santos con que se comportaba en todo como verdadero siervo de Dios*¹⁴⁹.

j) DON DE CURACIONES

Es el don de sanar enfermos incurables con el poder de Dios. De estos hay muchísimos casos que podríamos sacar de los testimonios del Proceso. Narraremos unos pocos, de los que podemos sacar la conclusión de que fray Martín fue enviado a la tierra, especialmente como médico de Dios.

Yo, Juan de la Parra, viniendo a este convento del Rosario hallé que el venerable hermano fray Martín estaba en Limatambo y, hallándome sólo y sin su amparo, partí a pie hacia el dicho Limatambo con las piernas tan hinchadas que cada una estaba más gruesa que el cuerpo. Y, pasando la acequia, me arrimé a un barranco que allí estaba de puro cansancio y de la fatiga que traía, tapándome la cabeza con mi capa. Al cabo de gran rato, sentí que sobre la capa me daban con un palo y, desenvolviéndome de la capa, oí la voz del venerable hermano que me decía: “Juancho, ¿a dónde vienes?”. Le respondí con ojos llorosos: “Padre, a buscar a vuestra reverencia; ya que me muero, me dé su bendición... Sonrióse y me dijo: “No os aflijáis, tened confianza en Dios, que esta no es enfermedad que os ha de llevar”. Y, metiendo la mano en la manga del hábito, sacó un pedazo de acemita (pan de afrecho) y me dijo: “Toma y come”.

Volvió a meter la mano y sacó un puñado de pasas y me dijo: “Toma esta acemita con pasas. Comiendo de la acemita y las pasas, me estuvo mirando los pies tendidos en el suelo, miró al cielo y comenzó a decir: “Señor, no permitáis que este muchacho muera en este tiempo, que, como os lo pido, espero en vuestra bondad infinita me lo concederéis”. Y poniendo las manos encima de las piernas, me las comenzó a tentar y me dijo: “Tened bien las piernas”. Y

¹⁴⁸ Juan de Barbazán, Proceso, p. 110.

¹⁴⁹ Proceso, p. 259.

extendiéndolas y haciendo cruces en ellas, me dijo: “Levantaos, Juancho, y vámonos a Limatambo”.

Le dije que no podía y, dándome la mano, me levantó y me dijo: “Caminemos”... Y comenzamos a caminar... Y, apenas habíamos andado una cuadra, cuando me sentí tan aliviado de las piernas que parecía que no había tenido enfermedad ninguna... A las tres de la tarde, salimos de Limatambo y nos vinimos poco a poco a este convento, donde, al día siguiente, al levantarme, hallé mis piernas tan secas que no parecía que había tenido enfermedad¹⁵⁰.

El mismo testigo refiere: “Un día llegamos a la chacra (finca) de un español, llamado Francisco de Cáceres Manjarrés, donde nos salió al encuentro un negro alto. Y preguntándole fray Martín: “Hijo, ¿hay algún enfermo aquí?”. Le respondió el negro: “Sí, padre, mi mujer está muy achacosa de un flujo de sangre en las partes bajas y la olearon (dieron la extremaunción) hoy al mediodía”. Nos llevó a su rancho donde estaba la negra y allí la vio fray Martín... Ella dijo que había rodado con un caballo en las lomas. El caballo venía cargado de leña y había caído encima de ella. Fray Martín respondió: “Hija, no te desconsueles que todo se te quitará con la ayuda de Dios”.

Llamó al negro y le dijo que saliese a una acequia y cogiese tres animalejos, que eran tres sapos vivos, y los metiese en una olla y los pusiese a quemar sin que saliese humo alguno dentro de la olla y, hecho lo que ordenó el siervo de Dios, se quemaron y luego se molieron y hechos polvos los amarró con un trapo y se los colgó en la cintura a la enferma, diciendo: “Hija, yo te curo y Dios te sane”... Al regresar yo al día siguiente,... la negra dijo: “He dormido muy bien toda la noche, a Dios gracias, con la cura que me hizo el padre de santo Domingo, Dios se lo pague”¹⁵¹.

El padre Andrés Martín, siendo recién profeso, enfermó de tercianas (fiebres) tan grandes que nunca entendió llegar a tener salud... Y llegó a tal extremo que estuvo ya sin esperanzas de vida. El hermano fray Martín de Porras, un día, le dijo que no se desconsolase y que, si quería aquella noche bañarse en la pila que había en el claustro del noviciado. Y reconociendo este testigo el mal tan grande que padecía... se rió mucho de lo que le decía el dicho fray Martín, y le volvió a insistir que se bañase en la pila de agua, que con eso estaría bueno... Y fue y se metió en la dicha pila de agua para bañarse como le había dicho el hermano fray Martín de Porras y, estando dentro de ella se quedó entumido todo el cuerpo, de tal suerte que fue menester que un religioso lego del

¹⁵⁰ Proceso, p. 400.

¹⁵¹ Proceso, p. 391.

dicho noviciado lo sacase de la dicha pila y lo llevó a la cama, donde se acostó y este testigo se quedó dormido hasta las tres de la tarde del día siguiente que despertó bueno y sano del mal que padecía, sin hacer remedio alguno más que bañarse en la dicha pila¹⁵².

Su sobrina Catalina relata que trajeron de la chacra a casa de su madre en Lima a un negro que le habían hecho una herida en la cabeza, donde le dieron ocho puntos. Mandaron llamar a fray Martín y él *cogió la llave que traía de su celda y, raspando la pared, cogió un poco de tierra y se la puso al dicho negro en la herida, haciendo la señal de la cruz sobre ella, y luego tomó un pedacito de lienzo y lo mojó en su saliva y se lo puso sobre la dicha herida como parche. Y dijo que estaría bueno y sucedió así, pues dentro de pocos días, sin otra medicina ni hacer otra cura ni remedio, el negro estuvo bueno y sano¹⁵³.*

La misma sobrina manifiesta que en casa tenían una negra esclava enferma. Llamaron a fray Martín y él les dijo que *no se moría de aquella enfermedad y que Dios sería servido de darle salud. Y, mandando calentar un poco de agua en una tembladera, se la dio a beber tibia y la bebió la dicha negra y desde entonces comenzó a tener mejoría y luego se le quitaron las calenturas y estuvo buena y sana y se levantó de la cama sin los dichos achaques y sin que se le hiciese otro remedio ni medicamento¹⁵⁴.*

El capitán Juan de Guarnido declara que *hallándose con el pie y la pierna derecha hinchados y tener muchos granos gruesos a modo de diviesos que se le reventaban, de lo cual tenía grandes dolores, envió a llamar al venerable hermano fray Martín para que le viese y le aplicase alguna medicina, y después de haberlo visto, empezó a decir que no era nada y haciéndole la señal de la cruz en la dicha pierna y pie con saliva, sin otra medicina, luego se le deshinchó y estuvo bueno y sano y dio infinitas gracias al Señor por las mercedes que ha recibido por intercesión de su siervo¹⁵⁵.*

El mismo testigo declara que había en el convento un religioso donado que era zapatero y tenía el brazo enfermo de una herida que le habían hecho; y cada mes se le llenaba de apostemas (abscesos). *Viéndole este testigo, lo llevó al venerable hermano fray Martín para que lo curase y, habiendo visto el brazo, comenzó con saliva a hacerle unas cruces en la apostema y, enfadado el dicho religioso donado de ver que no le ponía algún parche o medicamento o que no le hacía otra cosa más que las dichas cruces, por consolarle cogió un pedazo de*

¹⁵² Andrés Martín, Proceso, p. 361.

¹⁵³ Proceso, p. 323.

¹⁵⁴ Proceso, p. 323.

¹⁵⁵ Proceso, p. 306.

bota en que se echa vino y cortó como parche y se lo puso en la apostema, haciendo otra vez con saliva las dichas cruces...

Y este testigo le dijo al enfermo que no se afligiese y que no se quitase el parche y así lo hizo y, al día siguiente, el dicho religioso donado estaba bueno y sano. Y del gusto que había recibido decía a voces que el dicho venerable hermano era un santo varón y que había obrado Dios con él, por su intercesión, un milagro patente... Y el dicho donado en reconocimiento le hizo al hermano fray Martín unos zapatos nuevos, que de ninguna manera los quiso recibir y le pidió que se los diese a un pobre¹⁵⁶.

Francisco Pérez Quintero dice que el señor Juan de Villafuerte tenía una hija de cuatro años desahuciada y que la llevaron a la portería del convento para que la viera fray Martín. *Mandó quitar los medicamentos que tenía puestos por orden del doctor que la curaba y, habiendo echado un poco de saliva en su mano, le sobó el estomago y le hizo muchas cruces, diciendo que no sería nada y que no moriría de aquella enfermedad... Y dio por remedio que a la niña la bañasen con un poco de agua tibia y, después, le pusiesen en el estómago una hoja de plátano; lo cual se hizo luego por sus padres y con esta medicina, a las 24 horas, hizo un vómito muy grande y fue mejorando hasta que del todo estuvo buena y sana sin que le hiciesen otro remedio alguno más del referido¹⁵⁷.*

Francisca, una negra esclava, declara en el Proceso que, *a causa de una pelea, trajeron a un negro herido de muerte, que llevaba colgando las tripas... Habiendo venido fray Martín, vio la herida y volviendo a su celda regresó con un poco de vino y romero y se puso de rodillas delante del negro herido y estuvo chupando con su boca la herida, sacándole la sangre. Y después con el vino le lavó la herida y luego le puso en ella el romero maseado, y sin otra cura ni medicina, lo envió... y dentro de cuatro días lo vio esta testigo bueno y sano; y se quedó maravillada de ver que tan presto estuviese bueno de una herida tan peligrosa como la referida y siendo curado con tan poca medicina como el romero y el vino¹⁵⁸.*

Al padre Alonso de Arenas, *estando en el noviciado, le vino un dolor de muelas tan grande que no le dejaba dormir ni comer ni descansar. Y habiendo llamado al venerable hermano para que se la sacase por ser como era cirujano, teniéndole sentado a este testigo en el suelo y con el gatillo en la mano para sacarle la muela, le preguntó cuál era, metiéndole el dedo en la boca para*

¹⁵⁶ Proceso, p. 307.

¹⁵⁷ Proceso, p. 265.

¹⁵⁸ Proceso, p. 241.

*tentarla. Y luego que puso el dedo sobre la muela que le causaba el dolor, se le quitó al punto como si no lo hubiera tenido*¹⁵⁹.

Monseñor don Feliciano de Vega, obispo de la Paz y electo arzobispo de México, estaba desahuciado de todos los médicos, quienes recomendaron que le dieran el viatico y la extremaunción... Llamaron a fray Martín y el obispo *mandó que se llegase a la cama y le diese la mano*. “*¿Para qué quiere un príncipe la mano de un pobre mulato donado?*”. Y el señor arzobispo le dijo: “*Poned la mano en este lado donde tengo el dolor*”. Y luego al punto se sintió sin el dicho dolor, poniéndole la mano el dicho fray Martín. Y reconociendo él la acción, se turbó y se le puso el rostro muy colorado y comenzó a sudar en extremo y dijo: “*¿No basta ya, señor?*”. Y el arzobispo respondió: “*Dejadla estar donde la he puesto*”. Y estando otro rato así, se halló del todo aliviado, libre de la calentura con admiración grande de los presentes y mucho mayor de los médicos que volvieron por la tarde y, a voces, unos y otros decían que era una maravilla que Dios había obrado por este siervo suyo¹⁶⁰.

El capitán Juan de Figueroa estaba enfermo *de un accidente que le dio en el rostro y con la encía del lado derecho hinchada, que se le hizo toda una apostema (tumor) y, habiéndole ido a visitar un día fray Martín de Porras, lo halló en cama padeciendo el dolor de dicho achaque*. Y se despidió diciendo: “*Hora es ya de recogerme, quédese con Dios y quédese hasta mañana este escalfador (calentador) aquí*”. Y dejándolo encima de una mesa, se fue. Y este testigo, reparando en el escalfador que había quedado y dejado allí, dijo a un criado de su casa: “*Dadme acá ese escalfador; sin duda tiene algún misterio el habérmelo dejado aquí el hermano sin causa alguna*”. Y tomándolo, halló que contenía agua, de la cual cogió en la boca un poco, se enjuagó el lado que tenía enfermo y, sin más diligencia, al punto, se le quitó el dolor, la hinchazón y se resolvió la apostema sin quedarle cosa que fuese señal del achaque¹⁶¹.

Doña Isabel Ortiz de Torres estaba desahuciada por un *grave accidente de un flujo de sangre e hipocondría*. Fue a visitarla el siervo de Dios... Y sacando una manzana de la manga, se la dio a su madre, ordenándole que se la diese asada a la enferma, y llegando el siervo de Dios más cerca de la enferma, la abrazó y llegó su rostro con el de ella, la cual le dijo que la encomendase a Dios y no dejase de continuar en visitarla. A lo que respondió el siervo de Dios tres veces que no moriría de aquella enfermedad y que en breve se levantaría buena y sana, porque, aunque los médicos de la tierra la tenían desahuciada, no lo

¹⁵⁹ Proceso, p. 221.

¹⁶⁰ Proceso, pp. 90-91.

¹⁶¹ Juan de Figueroa, Proceso, p. 80.

*estaba del médico del cielo. Y fue así, porque, desde aquel mismo punto, se sintió mejor y dentro de cinco días se levantó de la cama buena de todo punto sin lesión alguna*¹⁶².

El doctor Marcelo de Ribera testifica que un día le dieron una puñalada a un indio que le vaciaron las tripas. Y el dicho siervo de Dios envió a llamar a este testigo para que le curase. Y no hallándole le curó y le puso en la enfermería de los negros del convento y le fueron a decir al padre Prior cómo el siervo de Dios traía enfermos de afuera a curar, indios y negros pobres. Y le mandó el Prior que echase fuera al herido, al cual lo envió a casa de una hermana suya que vivía a una cuadra del convento, dándole pasas, pan y conservas, diciéndole al indio que le enviaría a curar allá a este testigo. Y yendo al día siguiente a curarle y habiéndole visto al indio este testigo, no le halló forma de herida ninguna más que una raya colorada, y bueno y sano al indio¹⁶³.

Pero lo más espectacular fue la resurrección de un religioso. Cuenta el padre Fernando Aragonés que había un hermano lego enfermo. Era de vida virtuosa y fray Martín lo atendía con mucha caridad, habiendo puesto a su cuidado a un mozo español. Un día, a cosa de las nueve o diez de la mañana, el mozo metió unas brasas de candela para calentarle una mazamorra y unas yemas de huevo, que era su comida de todos los días, y habiéndosela dado de comer sacó las brasas y lo dejó solo hasta la una del día. Al volver, halló al enfermo muerto. Y, viéndolo sin vida, salió corriendo y se lo dijo al siervo de Dios que estaba con este testigo en la ropería, de donde fueron juntos y lo hallaron muerto y frío.

Visto esto, el siervo de Dios le dijo al enfermero menor que tocase las tablas para que viniese la Comunidad, y empezaron a rezar el Salterio. Y el siervo de Dios cerró la puerta y estiró el cuerpo y lo descubrió para amortajarlo; y tomó el hábito para vestírselo y, antes de ponérselo, hizo oración a un santo Cristo crucificado que tenía el difunto a la cabecera. Y este testigo, mientras oraba, se retiró y estuvo parado arrimado a una mesa. Y, acabada la oración, el siervo de Dios se llegó al oído del difunto y le dio una voz, diciendo: “Fray Tomás”. A este grito, primero respiró como que echaba una ventosidad de vientre por la boca y el siervo de Dios... volvió a llamarlo por segunda vez y respiró, como cuando una persona está en las últimas boqueadas, y el siervo de Dios le llamó por su nombre por tercera vez y, entonces, respiró recio. Y dijo el siervo de Dios: “¿No veis que está vivo?”.

¹⁶² Proceso, pp. 163-164.

¹⁶³ Proceso, pp. 138-139.

Con lo cual salió a la puerta y dijo a la Comunidad que se fuese que ya había vuelto en sí. Y este testigo dijo que había dicho bien, pero que había vuelto de la otra vida a esta. Y luego le dijo a este testigo que le trajese tres yemas de huevos frescas y calientes. Y, cuando se las trajo, sólo veía que estaba vivo el enfermo por un movimiento bocal y de los ojos, porque estaba inmóvil, que parecía no veía ni oía ni entendía. Le dio las yemas de huevos, haciendo muchas diligencias para que las pasara, y se quedó el siervo de Dios asistiéndole sin apartarse de él hasta que estuvo en su entero juicio y salud cumplida y se levantó, lo cual tuvo este testigo como milagro¹⁶⁴.

Por todo esto, podemos decir con el testigo Juan de Barbazán: *El siervo de Dios era un instrumento vivo de las maravillas de Dios para la salud de los enfermos como lo comprobaban tantos casos singulares¹⁶⁵.*

Lo más maravilloso de todo era que curaba enfermedades incurables casi instantáneamente con el poder de Dios. Con frecuencia, para disimular, les daba a tomar agua caliente o ponía un unguento en las heridas, o un poco de tierra o un emplasto de hierbas, para hacer creer que era el remedio el que curaba, para que no lo ensalzaran, pues prefería quedar humildemente en segundo lugar. A veces, le decía al enfermo: “Yo te curo y Dios te sane”. Como diciendo, yo pongo el remedio de mi parte y, si te curas, es por obra de Dios y no mía. Por eso, podemos decir, una vez más, que fray Martín era un instrumento de Dios, el *médico de Dios* para los enfermos.

MILAGROS EN LA NATURALEZA

El año 1634 ó 1635 comenzó el río a llevarse la iglesia de Nuestra Señora de las Cabezas y, viendo el siervo de Dios aquel suceso, fue a la celda con gran prisa y cogió la capa y se fue allá. Halló un tumulto de gente. Estaban sacando la imagen y lo demás que había en la iglesia. Entró y les dijo que no se alborotasen que ya el río no haría daño y, cogiendo del agua tres piedras pequeñas, las tiró; una para arriba, otra para abajo y otra al medio, diciendo. “En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo”. Y, quedando hincado de rodillas, se retiró el río y sosegó la avenida. Acabado esto, dando gracias a Dios se fue a su convento¹⁶⁶.

¹⁶⁴ Proceso, p. 133.

¹⁶⁵ Proceso, p. 108.

¹⁶⁶ Juan Vázquez Parra, Proceso, p. 399.

A fray Martín le gustaba plantar manzanillas por los cerros de Amancaes. Juan Vázquez Parra refiere que un día, *como a las cuatro de la tarde, nos pusimos, en las huellas que el ganado vacuno hacía, a sembrar manzanilla. Y yo, preguntándole para qué sembrábamos aquello allí, porque le ganado lo había de comer, se rió muy en forma, respondiéndome que aquello serviría de poda y brotaría con más fuerza. Yo le repetí que era disparate plantar allí, porque se lo había de comer el ganado y él respondió que no, que yo tendría cuenta de ir cada dos días y dar una vuelta para ahuyentar el ganado, lo cual hice a los tres días de plantado. Fui a aquel sitio y hallé alrededor mucho ganado y las plantas vivas que, al parecer, tenían más de un año de sembradura...*

Al cabo de cinco días, volvimos y me dijo que cada rama de aquellas la cortase e hiciese tres partes de ella, que él iría plantando como lo hizo. Y viendo que era tarde, yo me puse a plantar también y metía tres o cuatro ramas en cada agujero y él volvió a mí y me dijo con mucho amor: “Esto no se ha de hacer, si no es como yo lo voy poniendo, que Dios es Dios y obrará en todo que nada de esto se nos ha de perder”¹⁶⁷.

Aquí el testigo manifiesta su extrañeza, porque la manzanilla sembrada hacía pocos días, estaba tan grande que *al parecer tenía más de un año de sembradura*, algo realmente fuera de lo natural,

El mismo testigo nos habla del olivar plantado por fray Martín. Fue con él a la hacienda de Limatambo donde estaba fray Francisco con los novicios, haciendo la poda de los olivares. *Y fray Martín dijo: “Cortaremos estacas (de olivo) para desde el camino real hasta el molino hace un olivar para que estos muchachos tengan en el tiempo de adelante con qué poder pasar, porque el olivar que hay hoy es ya viejo y se irá criando otro nuevo. De aquí a 30 años, que ya ellos serán hombres maduros dirán que Dios perdone a quien plantó este olivar...*

Pidió al padre fray Francisco que le fuese apartando varas, porque tenía dispuesto plantar un olivar desde el camino real hasta el molino. Se rió fray Francisco diciendo que dónde podía haber tantas varas. Respondió: “No se aflija que la providencia de Dios es grande, que con los muchachos había harto para que le hiciesen agujeros. Que su paternidad mandase que con cuatro mulas y dos negros se las fuesen llevando allí.

¹⁶⁷ Proceso, p. 391.

Salió fray Martín a comenzar los hoyos con tres barretillas; y el primer día se hicieron 90 hoyos de media vara de hondo y una cuarta de ancho. Y a este paso fuimos trabajando toda la semana. El sábado por la mañana se levantó dando gracias a Dios que le había dejado llegar al día que comenzaba a plantar su olivar, y comenzando a poner varas, fuimos plantando todo aquel día y al día siguiente lunes; y comenzó a dar agua a todas las varas que tenía plantadas y fue providencia de Dios que, al tercer día de regadas, había una cuarta de retoño en cada una. Fuimos prosiguiendo con la planta. A los 15 días había plantado 700 plantas, y en un mes acabó de hacer su olivar, que hoy es prodigio el verlo¹⁶⁸.

Este olivar, que como dice el testigo, es un prodigio, todavía existe y se llama el olivar de san Isidro.

Fray José de Villarrubia vio sembrar los olivos que prendieron de un día para otro y... dieron fruto anticipadamente y con mucha abundancia, reconociendo todos que era caso milagroso y que los negros de la hacienda decían que el haber fructificado tan aprisa, era porque estaban regados con sangre del padre Porrás, que allí se azotaba de noche¹⁶⁹.

Fray Jacome de Acuña declara sobre el olivar que él le estuvo ayudando y que en pocos días florecieron, echando sus cogollitos, cosa imposible según la labor del campo y la agricultura, quedando admirados cuantos lo veían, teniéndolo por caso milagroso... Y ha dado desde entonces todos los años copiosísimos frutos; y de lo producido de ellos se sustenta toda la Comunidad de su convento de aceite todo el año y lo que sobra se vende para sustentar a la Comunidad como lo ha experimentado este testigo por haber cuidado algunos años de dicha hacienda¹⁷⁰.

Fray Francisco Velasco Carabantes confirma que conoció el suceso y que en él hubo tres prodigios: “Uno, que en pocos días, por sus propias manos, pudiese plantar más de tres mil troncos; otro, que de un día para otro retoñaban y daban brotes; y finalmente el milagro que dura hasta hoy... y es que jamás ha dejado de dar frutos y se recogen cada año de tres a cuatro mil botijuelas de aceite¹⁷¹.

¹⁶⁸ Proceso, pp. 398-399.

¹⁶⁹ Archivo Vaticano, vol 1289, fol 233-234.

¹⁷⁰ Archivo Vaticano, vol 1290, fol 65v-66.

¹⁷¹ Archivo Vaticano, vol 1289, fol 169-170.

ÚLTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE

Hasta los 40 años gozó fray Martín de buena salud, pero en 1619 empezaron unas cuartanas (fiebres con frío que se repetía cada cuatro días, producidas por el paludismo). Según afirma fray Francisco de santa Fe *en el tiempo que lo conoció, todos los años padecía por cierto tiempo señalado una enfermedad de cuartanas las cuales pasaba en pie, sin regalo alguno y sin que dejase de hacer sus ordinarios ejercicios como si estuviera bueno, llevando la dicha enfermedad con mucha paciencia y alegría*¹⁷².

El padre Andrés Martínez manifiesta que, *desde 1630 más o menos, andaba siempre enfermo y nunca dejó de acudir así a la obligación de religioso como al socorro y necesidad de la enfermería y religiosos de ella, y a los pobres que le buscaban en sus aflicciones y necesidades; y todo lo llevaba con gran amor y siempre con mucho contento, como si no tuviera cosa alguna, y con mucha paciencia, conformándose siempre con la voluntad divina*¹⁷³.

Para el año 1639, con casi 60 años, hacia finales del mes de octubre, cayó con la enfermedad, llamada tabardillo o tifus. Esta enfermedad tenía fama de incurable y quitaba la vida en dos semanas. Fray Martín era consciente de que iba a morir. Por eso, *mandando el médico que le curaba hacerle medicamentos en que precisamente habían de matar algunos animales como eran pajarillos, palominos y gallinas, lo sentía en extremo y le oyó decir diversas veces que para qué mataban aquellas criaturas de Dios supuesto que la voluntad divina era llegada de que muriese y no le habían de aprovechar. Y así sucedió que murió de la dicha enfermedad*¹⁷⁴.

El padre Antonio Gutiérrez afirma que, *habiendo puesto el Superior a otro hermano para que le asistiese de enfermero, le pidió que le diesen por enfermero a este testigo y así lo hizo y le asistió como tal hasta que murió*¹⁷⁵.

Fray Francisco de santa Fe recuerda que fray Martín *tenía una cadena que este testigo le vio quitar en la última enfermedad que tuvo, que casi la tenía metida en las carnes*¹⁷⁶. Y, *estando para morir, los Superiores y médicos le mandaron que se quitase la túnica de jerga tosca de que suelen hacerse las albardas. Fue grandísimo el sentimiento que en ello tuvo y fueron grandes los esfuerzos que hizo en contra y todos los circunstancias, así religiosos como*

¹⁷² Proceso, pp. 318-319.

¹⁷³ Proceso, p. 363.

¹⁷⁴ Padre Antonio Gutiérrez, Proceso, p. 295.

¹⁷⁵ Proceso, p. 206.

¹⁷⁶ Proceso, p. 314.

*seglares, (se admiraron), viendo lo mucho que el dicho siervo de Dios lo repugnaba para que no se la quitasen*¹⁷⁷.

*Para que se echase en cama con sábanas fue necesario que el Superior se lo mandase bajo obediencia*¹⁷⁸.

*Y como la enfermedad empeoraba se confesó y recibió los santos sacramentos de la Eucaristía y extremaunción con muchas lágrimas y señales de penitencia, haciendo muchos actos de amor de Dios*¹⁷⁹.

El virrey de Chinchón, Don Luis Fernández de Bobadilla, iba de vez en cuando a visitar a fray Martín al convento para consultarle cosas de gobierno. En su última enfermedad también fue a visitarlo, pero tuvo que esperar fuera de la celda un cuarto de hora; porque estaba en éxtasis. El virrey le besó la mano y le pidió que, cuando estuviera *en la presencia de su divina Majestad, le pidiese que se sirviera darle buena muerte para que fuese a gozarle eternamente; y asimismo le diese buenos y felices sucesos en su gobierno para su divina honra y gloria*¹⁸⁰.

Cuando salió el virrey, el Prior le reprendió por haberle hecho esperar. El siervo de Dios le respondió con humildad que *los príncipes y señores de la tierra no tenían lugar donde estaban los grandes del cielo, ..., que habían estado la Santísima Virgen, su patrona y abogada, su padre santo Domingo y san Vicente Ferrer, acompañados de otros santos y ángeles, y que con tanta santa visita no le quedó capacidad para recibir otra*¹⁸¹.

El capitán Juan de Guarnido nos dice que *la noche que murió el siervo de Dios, diciéndole un religioso que se encomendase al glorioso Padre santo Domingo, le había respondido que allí lo tenía presente, que estaba acompañando a la Virgen Santísima y santa Catalina y al señor san José, sus devotos*¹⁸².

*Cubierto de sudor mortal, asiéndose del santo Cristo, viéndolo este testigo le volvió a decir si tocarían tablas para llamar a la Comunidad y, bajando la cabeza le dijo que sí, con que acudió el convento y hecha la diligencia dio el alma a su Creador entre los ocho y nueve de la noche*¹⁸³.

¹⁷⁷ Padre Hernando de Valdés, Proceso, p. 171.

¹⁷⁸ Joseph de Valladolid, Proceso, p. 328

¹⁷⁹ Gonzalo García, Proceso, pp. 351-352.

¹⁸⁰ Archivo Vaticano, vol. 1289, fol 162-163.

¹⁸¹ Archivo Vaticano, vol 1289, fol 163.

¹⁸² Proceso, p. 310.

¹⁸³ Francisco de Paredes, Proceso, p. 105.

Inmediatamente después de muerto, se pusieron a amortajarlo. *Habiendo buscado entre los paños viejos, rotos y humildísimos que vestía, con qué poder amortajarle, sin poner cuidado alguno se le puso por mortaja un hábito de cordellate muy basto*¹⁸⁴. De este hábito había dicho fray Martín al padre Juan de Barbazán que con éste me han de enterrar... *Y habiendo reparado en ello, pareció profecía el haberlo dicho así el venerable hermano fray Martín de Porras*¹⁸⁵.

Esa misma noche de su muerte, como a las tres o cuatro de la mañana, fue llevado su cadáver en hombros de los frailes a la iglesia, poniéndolo en un catafalco en el presbiterio. El cuerpo parecía rígido. Y afirma el padre Cipriano de Medina, que, *llevado del amor que le tenía al hermano fray Martín, le dijo en presencia de todos y en voz alta, que oyeron muchos: “¿Cómo, hermano, vino tanto yerto e intratable a tiempo que se acerca el día y está la ciudad toda prevenida para veros y alabar a Dios en Vos? Pedidle ponga este cuerpo tratable para que le demos muchas gracia por ello”*. Caso raro, apenas se pasó un cuarto de hora, cuando le reconocieron más tratable y dócil de cuerpo que cuando estaba vivo; y lo levantamos y lo sentamos como cualquier hombre vivo. *Con que, entrando la ciudad por la mañana en nuestra iglesia, lo reconocieron, no sólo en la forma dicha, sino exhalando de sí una fragancia tan grande que embelesaba a los que se acercaban; y le hacían pedazos la ropa que tenía, de manera que fue menester vestirlo muchas veces y pedir guarda especial para el cuerpo*.

*Se resolvió enterrarlo aquella misma tarde para evitar inconvenientes, asistiendo todos a su entierro y aclamándole por santo, llevándole cargado en sus hombros el señor arzobispo de México, y el señor don Pedro de Ortega Sotomayor, dignidad entonces de esta catedral y hoy obispo de Cuzco, el señor don Juan de Peñafiel, Oídor de esta Audiencia y otro señor grave*¹⁸⁶.

El padre Gaspar de Saldaña, que era el Prior del convento, presidió la misa del entierro, como lo dice él mismo: *Este testigo hizo oficio de preste y lo trajeron en procesión por todo alrededor del claustro hasta llegar a la sala del Capítulo donde tienen su entierro todos los religiosos del convento; y estuvieron hasta verle enterrar en su sepultura de los sacerdotes, sin permitir fuese puesto su cuerpo con los demás legos y donados, dándole lugar al lado de otro donado de santa vida, llamado fray Miguel de santo Domingo, tan merecedor como el*

¹⁸⁴ Juan de Barbazán, Proceso, p. 109.

¹⁸⁵ Proceso, p. 109.

¹⁸⁶ Proceso, pp. 91-92.

*dicho fray Martín de Porras por su virtud y santa vida de que así le honrasen en su muerte*¹⁸⁷. *Y todos, mientras lo llevaron a la sepultura, lo hicieron con grandes exclamaciones de santo*¹⁸⁸.

Úrsula de Medina afirmó que, *siendo de edad de doce años, se halló en el entierro del venerable hermano fray Martín, yéndole acompañando con otras mujeres. Y, cuando llegó al cementerio del convento, sintió un olor grandísimo que no parecía de cosa de la tierra y... esta testigo miró por todas partes a ver si había alguna cosa que causase el dicho olor y no vio nada. Por ello, juzgó que salía del cuerpo del dicho siervo de Dios*¹⁸⁹.

Prácticamente toda la ciudad se puso de pie para ir al entierro de fray Martín. Todos querían tocar su cuerpo. *Y, aunque pusieron todo el cuidado en no permitir que le cortasen ninguna reliquia de su ropa, no fue posible conseguirlo y le cortaron muchos pedazos de los hábitos, teniendo como tenía el dicho venerable hermano todo su cuerpo tratable, amoroso y oloroso*¹⁹⁰.

La tumba se hizo muy profunda y se depositó su cuerpo sin ataúd, según la costumbre dominica, aunque se acomodó entre tres tablas largas: una arriba horizontal y otras dos verticales a los costados. Luego, la gente se fue retirando y todos, a pública voz, lo aclamaban por santo.

MÁS MILAGROS

Después de la muerte de fray Martín, Dios siguió haciendo maravillas para demostrar su santidad. Veamos algunos milagros.

Doña Isabel de Astorga declara que estaba enferma con tercianas dobles muy fuertes. *Y habiéndose acostado, sacó doña Mariana de Villarreal una camisa o túnica que había sido del venerable hermano fray Martín de Porras y, diciéndole a esta testigo que se encomendase a él muy de veras, se la echó encima y luego, de inmediato, se le quitó el frío y nunca más le volvieron las dichas tercianas*¹⁹¹.

Juan Criollo, negro libre, declara que, estando muy enfermo con calenturas (fiebre), *un día, fray Laureano de los Santos, religioso lego y*

¹⁸⁷ Proceso, p. 98.

¹⁸⁸ Proceso, p. 230.

¹⁸⁹ Proceso, p. 141.

¹⁹⁰ Proceso, p. 105.

¹⁹¹ Proceso, p. 262.

sacristán menor del convento de Nuestra Señora del Rosario, le envió un poquito de tierra de la sepultura en que había estado enterrado el siervo de Dios, diciéndole que aquella era de la que le había quitado y la tenía pegada a los huesos por haberlos sacado para trasladarlos y que la bebiese en un poco de agua y le pidiese muy de veras que intercediese con su divina Majestad para que le diese la salud, si le convenía. Y habiendo recibido con mucha devoción la dicha tierra, hizo lo que le dijo fray Laureano y, al día siguiente, sin otro medicamento se le quitaron las calenturas y dentro de pocos días, se levantó de la cama bueno y sano¹⁹².

El padre Antonio Gutiérrez manifiesta que, estando para morir fray Martín, le había dicho que le sería de más provecho después de muerto. Pues bien, a los pocos días de la muerte de fray Martín, él cayó enfermo grave de la misma enfermedad que había muerto fray Martín. Y el médico, viendo que no había mejoría, *lo mandó sacramentar como en efecto le dieron los santos sacramentos. Y aquella noche vio en sueños que entró por la puerta el siervo de Dios, acompañado de la Virgen Santísima, del glorioso santo Domingo y de santa Catalina mártir y, haciendo acatamiento, se pararon delante de él y el venerable hermano se llegó a la cama de este testigo y le dijo: “Con esta visita estará bueno, hermano fray Antonio”. Y con esto despertó y no halló cosa alguna de las que había visto en sueños. Y, quedándose otra vez dormido, no despertó hasta el día siguiente en que, viniéndole a ver, le hallaron sin calentura, ya bueno, pidiendo que le diesen de almorzar; y dentro de cuatro o seis días se levantó de la cama bueno, que, a no hallarse tan flaco, lo hubiera hecho el día referido¹⁹³.*

El padre Cipriano de Medina dice que, *en el año 1642 y principios del 1643, sufrió de una enfermedad gravísima de dolores en los brazos y las piernas, como si le punzaran con agujas... Estuvo desahuciado de los médicos... El padre maestro Fray Gaspar de Saldaña le envió el rosario que siempre trajo al cuello el hermano fray Martín, para que se lo pusiese al cuello y se encomendase a él.*

Como a las nueve de la noche, asistiéndole muchos religiosos que le velaban, y volviéndose con el cuerpo y el rostro hacia la pared en un continuo grito, vio a los pies de la cama al hermano fray Martín sentado, las manos dentro de las mangas del hábito y con su continua modestia le miraba y se sonreía, y le dijo el dicho hermano: “¿Dónde está su amor, fray Martín? ¿Cómo me olvida tanto? Y, poniendo los ojos en este testigo y sonriéndose otra vez, moviendo la cabeza, le dijo que con esa enfermedad no moriría... y se quedó

¹⁹² Proceso, p. 379.

¹⁹³ Proceso, p. 297.

*dormido, siendo así que había estado tantos días sin dormir ni comer; y a las seis de la mañana, entrando los médicos, reconocieron la mejoría y mandaron darle una sangría con la cual no fue necesario otra medicina alguna y quedó libre, bueno y sano, del dicho achaque por mucho tiempo con admiración de todo el convento*¹⁹⁴.

La señora Isabel Ortiz de Torres atestigua que, *estando en cama con grandes calenturas, llegó a estar sin sentido y totalmente privada. Volviendo un poco en sí y acordándose de los favores que estaba acostumbrada a recibir del siervo de Dios, pidió que le trajesen un retrato del siervo de Dios que tenía un vecino. Y, habiéndoselo traído, con toda fe y confianza se abrazó al retrato, diciéndole: “Padre mío, pues sois mi médico y otras veces me habéis dado la salud, dádmela también en esta ocasión”. Y en este mismo punto, sintió tan conocida mejoría que, al día siguiente, se levantó de la cama buena y sana*¹⁹⁵.

Doña María Beltrán certifica que, *estando para dar a luz, no podía, por estar atravesada la criatura, y la tenían sin esperanza de vida y mandada confesar. Y, aunque le pusieron algunas reliquias de algunos santos, no por eso pudo echar la criatura hasta que la comadre dijo que a menos que se abriera a esta testigo para sacar la criatura, no podía parir. Y acordándose Lupercia González, madre de esta testigo, de que tenía guardado un pedazo de la manga de hábito del venerable siervo de Dios, lo sacó y se lo puso a esta testigo sobre la barriga y se encomendó muy de veras al siervo de Dios y le pidió encarecidamente intercediese con su divina Majestad para que le diese buen alumbramiento. Y luego, al punto, sin otra diligencia parió esta testigo la criatura viva en presencia de los circunstantes, sin quedar lisiada ni con otro achaque alguno, por lo que todos dieron gracias a Dios Nuestro Señor por las mercedes y favores que habían recibido por intercesión de su siervo el venerable hermano fray Martín de Porras*¹⁹⁶.

Su sobrina Catalina de Porras manifiesta que, *estando un día en su casa con su madre, entraron dos religiosos a visitar a su madre. Y en el transcurso de la conversación, uno de ellos le dijo que en la ciudad de Arequipa, pasando él por la calle, le habían llamado para confesar a una mujer que estaba de parto sin esperanzas de vida. Y, habiendo entrado, la confesó y en su presencia le dieron la extremaunción. Y acordándose de que traía una carta en la faldriquera que le había escrito el venerable hermano fray Martín por ser su amigo, la había sacado y le dijo a la mujer que aquella carta era de un siervo de Dios y que se*

¹⁹⁴ Proceso, pp. 92-93.

¹⁹⁵ Proceso, p. 164.

¹⁹⁶ Proceso, p. 187.

encomendase muy de veras a él, para que por su intercesión tuviera un buen parto.

Y, habiéndosela puesto sobre la barriga, había parido al punto y se había quedado sin lesión alguna, siendo así que llevaba tres o cuatro días que estaba de parto y no podía echar la criatura por estar atravesada; y los cirujanos estaban prevenidos para abrirla... Y el dicho religioso enseñó a esta testigo y a su madre la carta, diciéndoles que aquella era la que había puesto a la mujer sobre la barriga al tiempo del parto¹⁹⁷.

Como vemos, Dios siguió haciendo milagros en los años posteriores a su muerte y los sigue haciendo hoy, si lo invocamos con fe. Los testigos hablan del uso de reliquias como una carta, un rosario, una camisa, tierra de su tumba..., pero lo importante es la fe del que se lo pide. Y Dios se glorifica haciendo milagros hoy como hace trescientos años.

En 1948, una señora de 97 años que vivía en Asunción, Paraguay, tenía una obstrucción intestinal y no podía ser operada por su avanzada edad. El caso era desesperado y le había venido ya un colapso cardíaco. Su hija que vivía en Buenos Aires, acudió a su lado y, desde el primer momento, puso el asunto en manos de nuestro santo. Este milagro fue aprobado como inexplicable para la ciencia por la Comisión médica del Vaticano.

Otro caso ocurrió en 1956. Un muchacho, llamado Antonio Cabrera Pérez, de poco más de cuatro años, de Tenerife (Canarias-España), recibió un golpe en un pie, producido por un bloque de cemento de treinta kilos de peso. Prácticamente el pie quedó deshecho y el estado del herido era de cuidado. Apareció la gangrena y no la podían detener. La amputación se veía necesaria. Pero la familia invocó con fervor a san Martín de Porrás, aplicando la imagen del santo al pie deshecho, y la misma noche desapareció la gangrena y la cicatrización se inició normalmente. También este milagro fue aprobado por la Comisión médica del Vaticano para proceder a su canonización.

TRASLADO

El año 1664 en el mes de marzo, hicieron el traslado de su cuerpo a un lugar más accesible para la gente, desde la sala del Capítulo donde estaba, hasta la capilla que se había levantado en la que fue enfermería del convento, donde

¹⁹⁷ Proceso, p. 215.

tanto bien había hecho en vida. Como padrino, fue escogido don Juan de Figueroa, a quien el mismo fray Martín le había profetizado que allí los enterrarían a los dos, como así sucedió.

Para el traslado se reunieron en la sala del Capítulo el virrey, conde de Santisteban, el vicario Provincial, fray Juan de Barbazán, el padre Prior, el médico Rodrigo Enríquez y varios religiosos.

Fray Tomás Marín relata el suceso: *Tratándose en dicho convento de sacar los huesos del hermano fray Martín, este testigo fue al padre Provincial a pedirle que le dejara desenterrar y sacar los huesos y, habiéndole concedido la licencia para ello, este testigo fue y desenterró los dichos huesos que estaban enterrados debajo de la tierra en la sala del Capítulo, entierro común de los demás religiosos. Este testigo trabajó mucho en cavar la sepultura por estar muy profunda. Y, habiendo visto este testigo los huesos, vio que estaba entero el cuerpo en la armazón de ellos y se abalanzó a sacarlo y, cogiéndolo por medio del cuerpo, se le descoyuntó todo y vio que los dichos huesos estaban frescos y con alguna carne viva y un olor tan fragante a rosa que parecía haberla allí presente.*

Y, cogiendo los huesos por la parte del cerebro, se le quedó en la mano un cuajón de sangre... y salió sangre viva, cosa de que este testigo quedó admirado y dio cuenta al Prelado y a los otros religiosos, por el mucho tiempo que estaba enterrado (25 años)... Y fue grandísimo el concurso de gente de todos los estados que concurrió a la misa, que casi no cabía en la iglesia, porque asistió personalmente el señor virrey, los señores de la Real Audiencia y Cancillería de la ciudad, del Tribunal mayor de Cuentas, el Cabildo, Justicias y Regimiento, y muchos religiosos de todas las Órdenes, y capitanes y otros oficiales de la milicia, caballeros y otras muchas personas particulares.

Acabada la misa, entre todos cargaron las andas donde iban los huesos, dando principio el señor virrey y oídores y después los demás tribunales por antigüedad a trechos, hasta llegar a la capilla que está en la enfermería del convento. Y en una bóveda que está debajo de la tierra, en ella se pusieron los huesos y todos generalmente le aclamaban y veneraban por santo¹⁹⁸.

En 1686 se hizo un nuevo reconocimiento de sus restos para los fines de su beatificación. Se extrajo la caja de madera de roble, dentro de la cual había otra de cedro que contenía los huesos. Y todo ello volvió a depositarse, después de colocar los sellos del arzobispo y de suscribirse el acta del examen realizado.

¹⁹⁸ Proceso, p. 358.

Pero los milagros no cesaban y su devoción se extendió por muchos países del mundo en especial en España, Italia, Irlanda, Estados Unidos, Canadá y otras naciones latinoamericanas. Por fin, el Papa Gregorio XVI lo beatificó solemnemente el 29 de octubre de 1837 y fue canonizado por el Papa Juan XXIII el 6 de mayo de 1962, en pleno concilio Vaticano II. En el Perú fue nombrado patrono de la justicia social, siendo especialmente padre y abogado de los pobres y enfermos.

REFLEXIONES

San Martín de Porras fue un verdadero ejemplo para todos los que lo conocieron. Su vida fue un continuo acto de caridad. Su oración era pedir por los demás, sus penitencias eran ofrecidas por su salvación. Toda su vida fue un servir a los demás. Y Dios le dio la gracia de ser un médico de cuerpos y almas para todos. Con remedios insignificantes y haciendo cruces en nombre de Dios, sanaba de enfermedades incurables.

Como diría el padre Cristóbal de san Juan *era más ángel que hombre, más del cielo que de la tierra, todo de Dios, en vida, obras, palabras y pensamientos en los que se reconocía muy clara y distintamente que se daba al servicio y regalo de los prójimos sin reservar hora del día ni de la noche para sí, viendo este testigo con los ojos y tocando con las manos el gran poder de la gracia de Dios que de un hombre de carne y sangre puede hacer un serafín tan encendido en llamas de caridad como lo era el hermano fray Martín de Porras*¹⁹⁹.

Realmente, fue Martín una bendición y un regalo de Dios para todos los que lo conocieron. Él tenía carismas extraordinarios y, por eso, es para nosotros un testigo presencial de las maravillas de Dios. Su testimonio de vida fortalece nuestra fe en las verdades que nos enseñaron y que creemos sin haberlas experimentado personalmente. Pero Martín es, en este punto, un testigo de lo sobrenatural, porque experimentó por sí mismo las enseñanzas de la fe y puede asegurarnos de que son verdad.

Su amor a la Eucaristía era extraordinario, al igual que su amor a la Virgen María. Daba mucha importancia a las imágenes religiosas, a través de las cuales manifestaba su amor a Dios y a los santos.

¹⁹⁹ Proceso, p. 100.

Por ello, podemos decir que nos sentimos orgullosos de nuestro hermano, que es un testigo fiel del Evangelio y un ejemplo vivo de amor y caridad para todos.

ORACIÓN Y POESÍA

Humilde Martín de Porres, ejemplo espléndido de caridad, a ti te veneramos e invocamos, confiados en el poder de intercesión que tienes ante nuestro Padre Dios. Sigue siendo el santo de los pobres y el solícito enfermero de cuantos están enfermos. Y enséñanos a todos que no hay otro camino para el cielo sino el del amor a Dios y al prójimo. Amén.

No tuvo el convento guardián más modesto
ni siervo más manso que el lego Martín:
las peores tareas le encuentran dispuesto
e implora la gracia del último puesto,
del lecho más duro, del trato más ruin.
Bendice la mano que a golpes le empuja
por las arduas sendas de la eternidad
y, cuando los oídos le clavan su aguja,
en sus toscos labios el amor dibuja
la amable sonrisa de la santidad.

CONCLUSIÓN

Después de haber visto a grande rasgos la maravillosa vida de san Martín de Porres, podemos decir en verdad que vale la pena ser santos. Vale la pena aspirar a la santidad. Ése es el mejor deseo que Dios tiene para nosotros y la mayor alegría que le podemos dar. Él quiere que seamos santos.

San Martín es un ejemplo vivo para nosotros. Necesitamos ser humildes, caritativos, obedientes y no dejarnos llevar por los placeres y comodidades de la vida. Es importante saber mortificarse para que nuestra alma esté más libre para Dios. Y, por supuesto, es necesario pasar mucho tiempo en oración, en comunicación personal con Dios, especialmente ante Jesús sacramentado.

En este camino de la santidad, no podemos prescindir de la ayuda de María nuestra madre, ni de la de nuestro ángel custodio. Y nos ayudarán también muchos de los santos del cielo, especialmente los de nuestra especial devoción, a quienes podemos invocar pidiendo ayuda.

Que Dios te bendiga y te ayude por intercesión de la Virgen María y de san Martín a ser cada día más santo. Éste es mi mejor deseo para ti. Saludos de mi ángel custodio y saludos a tu ángel.

Tu amigo y hermano del Perú
Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad
Pueblo Libre-Lima-Perú
Teléfono 005114615894

BIBLIOGRAFÍA

- Archivo Secreto Vaticano, volúmenes No. 1280-1293 de la Sagrada Congregación de Ritos.
- Bride Harry, *Vida breve de fray Martín de Porres*, Ed. Salesiana, Lima, 1968.
- Bruno Cayetano, *Floreccillas de san Martín de Porres*, Ed. Salesiana, Lima.
- Busto Duthunburu, José Antonio del, *San Martín de Porras*, PUCP, Lima, 2006
- Cavallini Giuliana, *Vita di san Martino de Porres*, Postulazione generale, Roma, 1962.
- Cobo Bernabé, *Fundación de Lima*. En sus Obras, 2 volúmenes, Madrid, Atlas, 1956.
- Doherty Eddie, *Blessed Martin de Porres*, St. Paul, Minnesota, 1953.
- Fumet Stanislas, *San Martín de Porres*, Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1983.
- Granger Arthur, *Vie du bienheureux Martin de Porres*, St. Hyacinthe, Québec (Canadá), 1945.
- Gaffney Henry, *Blessed Martin Wonder-Worker*, Tralee (Ireland), 1949.
- Iriarte Domingo, *Vida prodigiosa del gran taumaturgo peruano Martín de Porres*, Lima, 1926.
- Medina Bernardo, *Vida de fray Martín de Porras*, Lima, 1663.
- Osende Victorino, *Vida sobrenatural del beato Martín de Porres*, Lima, 1917.
- Proceso de beatificación de fray Martín de Porres*, Ed. Secretariado Martín de Porres, Palencia. Transcripción del original que se conserva en el archivo arzobispal de Lima por el padre Juan de la Cruz Prieto. Los testimonios corresponden a los años 1660, 1664 y 1671.
- Tornero José, *El bienaventurado fray Martín de Porres*, Caracas, 1938.
- Valdés José Manuel, *Vida admirable del bienaventurado Martín de Porres*, Grafica Smart, Lima, séptima edición, 1951.
- Vargas Ugarte, *El santo de los pobres*, Ed. Paulinas, Lima, 2001.

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org